Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

# Larry Hutton

## La herencia maldita

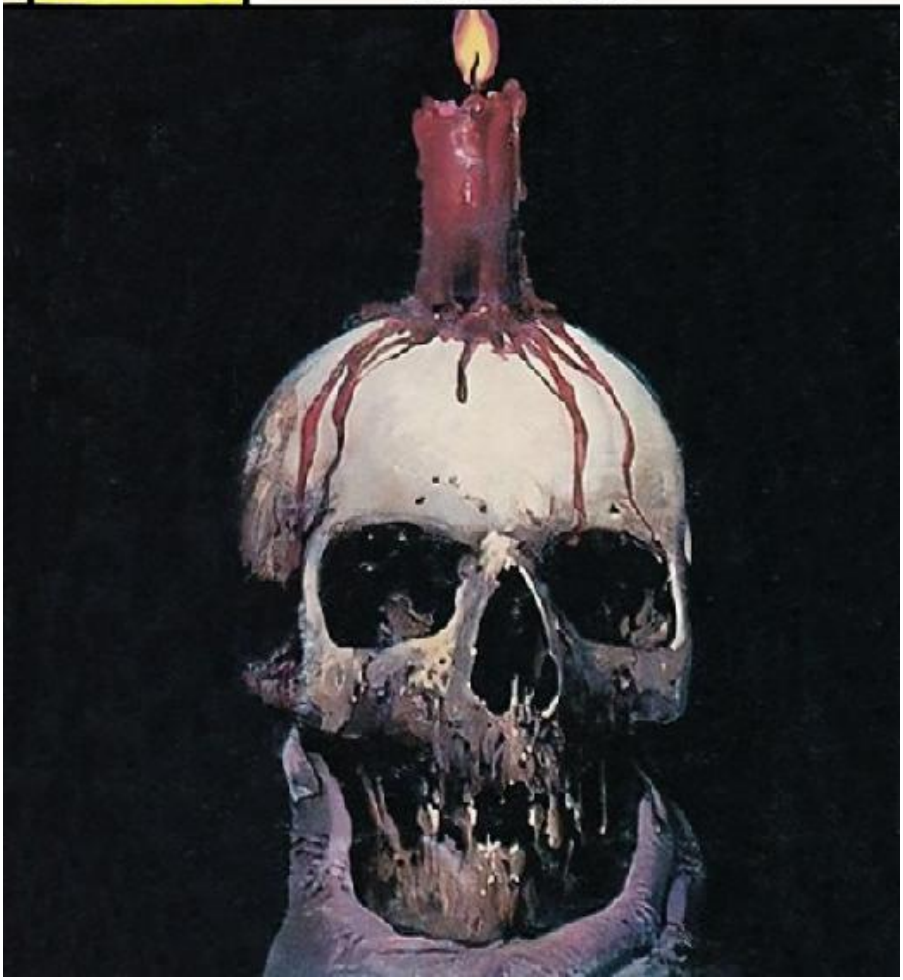
EDICIONES FORUM

ASTRI

TERROR

# LARRY HUTTON

## LA HERENCIA MALDITA



# LA HERENCIA MALDITA

# LA HERENCIA MALDITA

© LARRY HUTTON
Texto

© BALLESTER-NORMA
Cubierta

1.ª edición: abril de 1992

Esta publicación es propiedad de
**EDITORIAL ASTRI, S.A.**
**Secretario Coloma, 121, bajos**
08024 - BARCELONA

ISBN: 84-469-0028-9
**Depósito legal: 15.786 - 1992**

Imprime CRONION
Tel. 336 42 13
08004 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

# CAPÍTULO 1

Charles Edwards, Sir Charles Edwards en realidad, abrió uno de sus ojos.

El izquierdo, para ser más exactos.

Sólo cuando se colocó sus gafas para ver de lejos, abrió los dos ojos para saludar al nuevo día.

No se molestó en consultar el reloj que tenía sobre la mesita de noche, pues sabía que eran exactamente las 7,45 de la mañana.

Siempre se despertaba a la misma hora, tanto en invierno como en verano, hiciera frío o calor, lloviera o hiciera sol, o estuvieran en el poder los nefastos laboristas o el partido conservador.

Sir Charles Edwards, socio principal de la firma de abogados «Edwards y Hooper» — socio principal y el único vivo— era un hombre muy ordenado y metódico.

Esa cualidad —si es que debe tomarse como tal— la había heredado de sus antepasados, uno de los cuales, al mando de un regimiento en la guerra de Crimea, se negó a repeler un ataque del enemigo por entender que éstos habían cometido la impertinencia de empezar su ofensiva durante la hora del té.

Sir Charles saltó de la cama; introdujo su pie derecho en la zapatilla del pie derecho, y luego su pie izquierdo en la zapatilla del pie izquierdo, y se metió en el cuarto de baño.

Una hora después, ya vestido, entró en la cocina, donde la señora Johnson, su ama de llaves, le había preparado el desayuno.

—Buenos días, señora Johnson —saludó.

—Hoy se ha retrasado usted, señor —dijo el ama de llaves, que además era cocinera, doncella, ayuda de cámara y confidente del insigne abogado.

—Es cierto —admitió Sir Edwards, consultando su reloj de bolsillo—: medio minuto.

—¿Se encuentra usted mal?

—No, señora Johnson, pero debo admitir que estoy un poco nervioso.

—¿A causa del asunto Hayton?

—En efecto —movió su calva cabeza el abogado—. Nunca debimos hacernos cargo de los trámites legales de esa herencia.

—¿Por qué habla siempre en plural, señor? El señor Hooper

hace tres años que murió.

—¡No importa! Vive en mi memoria y, aunque sea desde el más allá, seguirá formando parte de la firma hasta que yo vaya a reunirme con él.

—¡Dios quiera que tenga que esperar muchos años! —suspiró la señora Johnson.

—No obstante, la colaboración ultraterrena del pobre Hooper resulta un tanto inoperante. De haber estado aquí en carne y hueso, se hubiera notado.

—Por supuesto; su respetable socio pesaba más de doscientas cincuenta libras. Recuerde que tuvieron que construirle un ataúd especial.

—No me refiero a eso, señora Johnson. Lo que quiero decir es que, de haber estado en su despacho, hubiera rechazado aceptar un cliente como Harry Hayton.

—Yo le hubiera aconsejado lo mismo, señor, pues salta a la vista que ese hombre no estaba en sus cabales.

—Nada más cierto. Pero ahora ya es demasiado tarde para volverse atrás.

El abogado se quitó los lentes para mirar de lejos y se colocó las gafas para mirar de cerca.

No para ver lo que su ama de llaves le había preparado para desayunar, pues siempre le preparaba lo mismo, excepto los domingos, sino para echarle una ojeada al periódico.

Como siempre, estaba repleto de malas noticias. Incluso pudo comprobar que las acciones que había comprado la semana anterior habían bajado tres enteros en su cotización.

—¡No sé a dónde iremos a parar! —exclamó.

Está lloviendo, señor —manifestó la señora Johnson, que había echado una mirada al jardín a través de la ventana.

—¡Lo que faltaba! —gruñó el abogado.

Terminado el desayuno, en el que había empleado, como todos los días, diez minutos y treinta segundos, se puso en pie para encaminarse al vestíbulo.

—¿Bastón o paraguas? —preguntó la señora Johnson, al mismo tiempo que le entregaba la cartera de mano.

—¿No dijo usted que llovía?

—En efecto, señor.

—Entonces, paraguas.

Sir Charles salió de la casa y, bajo la lluvia, se encaminó a la estación para tomar el tren que había de conducirle a Londres.

Naturalmente, no se tomó la molestia de abrir el paraguas.

* * *

La circunstancia de que el tren llegara con cinco minutos de retraso —algo que a juicio del abogado ponía más en evidencia la decadencia del Imperio que la pérdida de las colonias— contribuyó a acrecentar su mal humor.

—Estos caballeros ya están aquí —le dijo su pasante al entrar en la oficina.

—¿Se refiere a los herederos de Hayton?

—Sí, Sir Charles.

—En tal caso, apee el tratamiento: todos, incluso la muchacha, son unos perfectos granujas.

El abogado entró en su despacho por una puerta lateral sin pasar por la antesala donde, en efecto, esperaban los herederos de Harry Hayton, fallecido hacía tres días.

Fallecido, pero no enterrado, de acuerdo con las disposiciones dictadas por el mismo finado.

En la antesala, severamente amueblada, como el resto de las oficinas de la firma, esperaban, impacientes, los herederos.

Lo más extraño de todo era que, en contra de toda lógica, ninguno de ellos tenía el menor parentesco con el difunto.

En realidad, Harry Hayton no tenía familia.

¿Cuál era la razón, entonces, de que Jane Lacey, William Hall y Richard Newman fueran los beneficiarios de la fabulosa herencia de Hayton?

Las causas podían ser muchas, pero, a juicio de Sir Charles Edwards, ninguna lógica.

Sólo el difunto hubiera podido aclarar la cuestión; pero éste, que ya en vida se decía de él que era callado como un muerto, se había llevado su secreto consigo.

Ni siquiera el abogado, en su calidad de albacea testamentario, conocía la causa que había motivado la extraña decisión de su cliente.

¿Cuándo se habían relacionado Jane Lacey, William Hall y Richard Newman con el hombre que ahora estaba encerrado en un doble ataúd en los sótanos de la funeraria Perkins, esperando el momento de ser conducido a su última morada?

Era posible que nunca.

Harry Hayton, el muerto, no pertenecía a la nobleza, pero sí a esa élite que, aun careciendo de otros méritos, posee el de haber sabido amasar, no importa por qué procedimiento, una inmensa fortuna.

Los dos hombres y la mujer que esperaban en el antedespacho del abogado ni eran aristócratas ni eran ricos.

Jane Lacey trabajaba de camarera en un bar de Chelsea desde hacía dos años.

William Hall era apostador profesional y Richard Newman trabajaba en un taller de reparaciones, del que, precisamente, acababa de ser despedido.

La sorpresa de los tres había sido mayúscula al recibir la carta del abogado convocándoles a la lectura del testamento.

Naturalmente, no faltaron a la cita.

A las diez en punto, con matemática precisión, se abrió la puerta que comunicaba con el despacho de Sir Charles y apareció el pasante del abogado, diciendo:

—¿Quieren ustedes pasar, por favor?

# CAPÍTULO 2

William Hall, que estaba más cerca, fue a pasar el primero; pero, instintivamente, se apartó galantemente para que fuera la muchacha quien le precediera.

Jane Lacey le dedicó una ligera sonrisa.

Richard Newman, antes de imitar a sus compañeros, apagó en un cenicero el cigarrillo que estaba fumando.

Sir Charles Edwards recibió de pie a los tres, indicándoles que tomaran asiento en los sillones que el pasante había dispuesto frente a la mesa de su meticuloso jefe.

El abogado carraspeó, mientras su subordinado abandonaba discretamente el despacho, cerrando suavemente la puerta.

Jane Lacey se sentó, cruzando las piernas.

Sir Charles se colocó las gafas para mirar de lejos a fin de examinar a sus visitantes.

Empleó en ello exactamente quince segundos.

Aunque el resultado del examen no resultó excesivamente satisfactorio, su rostro permaneció impasible.

La muchacha, impresionada tal vez por la severidad del ambiente, se bajó un poco la falda.

—¿Pueden ustedes identificarse? —preguntó el abogado.

Cumplido ese formulismo preliminar, Sir Charles, después de otro carraspeo, fue directamente al asunto.

—Tal como les indicaba en mi carta, les he convocado aquí para proceder a la lectura del testamento de mí difunto cliente el señor Harry Hayton en el que, presumiblemente, aparecen ustedes como beneficiarios.

—¿Presumiblemente? —preguntó William Hall.

—Sí.

—¿No lo sabe usted seguro?

—Pues...

—¿No fue usted quien redactó el testamento?

—En efecto.

—En tal caso...

—Caballero —se lo quedó mirando el abogado, evidenciando que había hecho un verdadero esfuerzo para calificar de caballero al

rechoncho tipejo que le había interpelado—, la voluntad del finado no quedará oficialmente establecida hasta que se hayan leído todas las cláusulas del documento.

—Pero...

—Oiga, amigo —tomó la palabra Richard Newman—, ¿por qué no se calla de una vez?

—¿Callarme?

—Sí.

—¡Maldita sea! ¿Quién es usted para darme órdenes?

Richard Newman hizo ademán de levantarse, pero lo pensó mejor y permaneció sentado.

—Señores —dijo con voz suave el abogado—, ¿me permiten continuar?

—Por supuesto, amigo —concedió Hall, cruzando las manos sobre su abultado abdomen y echándose hacia atrás.

El abogado soltó un respingo.

—El señor Hayton, en un sobre aparte, me dio unas instrucciones complementarias, indicándome sus nombres y direcciones. Ha sido fácil localizarles. Sólo por lo que respecta a usted, señor Newman, la cosa ha presentado algunas dificultades.

—Sí —dijo Richard Newman—. Y lo lamento. Por circunstancias que ahora no vienen al caso, me vi obligado a cambiar de residencia.

El abogado tomó un abrecartas y, cuidadosamente, abrió el sobre que encerraba el testamento.

Los tres presuntos beneficiarios adoptaron una actitud marcadamente expectante.

Jane Lacey descruzó las piernas y apretó el bolso contra su pecho, mientras William Hall adelantaba el cuerpo, haciendo resbalar su trasero hasta el borde del sillón.

Richard Newman, más comedido, se limitó a pasarse la mano por los cabellos.

El abogado leyó el testamento de cabo a rabo, sin saltarse ni una coma.

—¡Diablos! —exclamó William Hall.

Richard Newman no dijo nada, mientras Jane Lacey abría el bolso para sacar un pañuelo de su interior y llevárselo a los ojos.

—¿Ha dicho usted tres millones de libras esterlinas? —preguntó el apostador profesional.

—En efecto.

—¿Repartidas a partes iguales?

—Así es.

—¡Oh! —volvió a frotarse los ojos la muchacha.

—Naturalmente —puntualizó el abogado—, no deben olvidar

que para convertirse de hecho en los herederos efectivos del señor Hayton, que en paz descanse, deben ustedes cumplir ciertas condiciones.

—Unas condiciones —intervino con cierto recelo William Hall —, que no se especifican en el testamento...

—Es cierto, señor Hall —asintió Sir Charles Edwards—. Sólo se indica en la cláusula número cuatro, párrafo tercero, que deberán asistir los tres al sepelio y al entierro de los restos.

—Bueno —dijo a su vez Richard Newman, mientras extraía un cigarrillo del paquete que había sacado del bolsillo—, eso no nos llevará mucho tiempo; a lo sumo, un par de horas.

—Me temo que algo más, señor Newman —respondió el abogado, observando con expresión de disgusto el cigarrillo que el joven sostenía en los labios.

Richard Newman, sin interpretar el malhumorado gesto del hombre de leyes, prendió fuego al pitillo.

—Aunque tuviéramos que ir a pie al cementerio —dijo Newman, guardando el mechero— y la plática fuese pronunciada por un pastor tartamudo, la cosa no podría prolongarse mucho más de esas dos horas que le he dicho.

—Insisto en que se equivoca —hizo una mueca el abogado.

Sir Charles Edwards tal vez se hubiera permitido esbozar una sonrisa, pero nadie recordaba que el ilustre letrado se hubiera entregado jamás a tales frivolidades.

Y mucho menos en aquella respetable oficina, presidida por el descomunal retrato al óleo del señor Hooper, el socio difunto de la firma.

—Caballeros —dijo Sir Charles, despojándose de los lentes para ver de cerca, que se había colocado sobre su abultada nariz para leer el testamento—, Harry Hayton expresó su deseo de ser enterrado fuera de Inglaterra.

—¿Cómo? —estuvo a punto de resbalar del sillón el diminuto y rechoncho William

Hall.

—¿Dice que no quiso ser enterrado aquí? —preguntó Richard Newman, tan sorprendido como su compañero.

—Así es.

—¡Diablos! ¿Qué tienen de malo los cementerios ingleses?

—Bueno —pretendió bromear William Hall—, en cualquier lugar del mundo, un cementerio no tiene nada de agradable. Ni siquiera en Escocia, donde me supongo dispuso el señor Hayton ser enterrado.

—¿Escocia? —levantó las cejas el abogado—. Mi honorable cliente nunca pretendió esperar la resurrección de la carne en

semejante lugar. Ni siquiera le gustaba el whisky.

—Entonces...

—Harry Hayton dejó dispuesto que sus restos fueran enterrados en Krami.

—¿Krami? —sacudió la ceniza de su cigarrillo Richard Newman —. ¿Dónde diablos está eso?

—En el mar Egeo —respondió el abogado—. Es un islote del archipiélago de las Cicladas en el que, según la leyenda, se detuvo la nave del mitológico Ulises en su viaje de regreso a Ítaca.

—¡Por todos los diablos! —exclamó William Hall—. ¿Es que pretende usted burlarse de nosotros?

—En absoluto.

—Pero eso... ¡eso es absurdo!

El abogado se encogió de hombros.

—Tal vez.

—¿Es que Harry Hayton estaba loco?

—Respecto a eso, permítame que me reserve mi opinión. Jamás me atrevería a juzgar las decisiones de mis clientes ni a comentar públicamente las irregularidades de su estado mental. No obstante, debo admitir que ese deseo póstumo del señor Hayton se aparta un tanto de lo normal.

—¡Vaya un capricho! —exclamó William Hall—. Insisto en que se trata de algo completamente absurdo.

El abogado se limitó a emitir un ligero carraspeo.

—No hay duda —intervino Richard Newman— de que el señor Hayton era un verdadero excéntrico.

—Es posible —se colocó los lentes de mirar de lejos Sir Charles —; pero no creo que eso signifique algo negativo para ustedes.

—¿Qué quiere decir?

—Que si Harry Hayton no hubiese sido un excéntrico, no hubiera dejado toda su fortuna a alguien que, presumiblemente, no había visto en su vida.

—Bueno —convino Richard Newman—, enfocada la cuestión bajo ese punto de vista, hay que convenir en que tiene usted razón.

—¡Diablos! —exclamó William Hall—. No seré yo quien me queje. Si ese requisito es necesario para que nos embolsemos cada uno de nosotros un millón de libras esterlinas, ni siquiera me importaría que Harry Hayton hubiera decidido ser enterrado en el Polo Norte. Incluso hay que agradecerle que haya escogido un lugar más agradable.

—¡Y menos frío! —exclamó Jane Lacey.

William Hall volvió a colocarse en el borde del sillón.

—¿Dice usted que nosotros...?

—Deberán acompañarle.

—Pero...

—Todo está previsto, no se preocupe. Realizaremos el viaje por mar, a bordo del «Stoke», el yate que perteneció al difunto señor Hayton.

—¿Realizaremos? —dijo Richard Newman.

—En efecto —suspiró el abogado—. Yo les acompañaré. Como albacea testamentario y fideicomisario debo velar para que se cumplan todos los trámites que hagan posible la entrega de la herencia.

—Entonces...

—Si ustedes no cumplen todas las condiciones establecidas por el testador, yo, en calidad de fideicomisario, me veré obligado a...

El abogado se quitó los lentes para mirar de lejos y se colocó los que utilizaba para mirar de cerca.

—Me veré obligado a dar cumplimiento a la cláusula número siete, párrafo segundo, que dice lo siguiente: «Si cualquiera de los beneficiados se niega a cumplir, en parte o en su totalidad, las disposiciones del testamento, la parte de la herencia que debiera corresponderle pasará a beneficencia.» —¡Diablos! —exclamó William Hall.

—¿Alguno de ustedes está en ese caso? —inquirió Sir Charles, quitándose las gafas para ver de cerca y colocándose los lentes para ver de lejos.

Los tres beneficiarios se miraron.

Fue Richard Newman quien respondió en nombre de todos.

—¡Narices! —dijo—. Por un millón de libras estoy dispuesto a ir hasta el fin del mundo.

—¡Y yo! —exclamó William Hall.

Jane Lacey no dijo nada, pero evidenció con su actitud que estaba de acuerdo con los otros.

—¡Bien! —volvió a suspirar el abogado, consultando su reloj de bolsillo—. El «Stoke» zarpará del Victoria Embankment dentro de dos días. El martes 13, a la diez de la mañana, para ser exactos.

—¡Vaya! —soltó un respingo William Hall.

—¿Qué le ocurre, señor Hall? —levantó una de sus cejas el abogado—. ¿Es usted supersticioso?

—No —replicó el interpelado—. Pero debo admitir que nunca apuesto en las carreras en una fecha semejante.

—Si quiere renunciar al viaje...

—¡Tonterías! —replicó William Hall, poniéndose en pie—. No voy a ser yo quien falte a la cita, se lo aseguro.

# CAPÍTULO 3

Jonathan Harris, el capitán del «Stoke», tampoco era supersticioso.

A su segundo, un irlandés pelirrojo, alto y de nariz ganchuda, no le ocurría lo mismo.

—No me gusta viajar con un cadáver a bordo, capitán —dijo al observar como un vehículo de la «Perkins Mortuary» se detenía en el muelle, frente al yate.

—Vamos, vamos, señor Paddington —le golpeó la espalda el capitán Harris—, No sea usted aprensivo. Todo irá bien.

—¡Hum!

—En esta época del año el tiempo es magnífico. Será un viaje de placer.

—No para el pobre señor Hayton.

—¿Por qué no?

—No creo que pueda disfrutar de la travesía metido en un ataúd y encerrado en la bodega.

—Olvídese de eso.

—Lo intentaré, capitán.

En el muelle, dos empleados de la funeraria procedieron a sacar el ataúd del vehículo. Poco después, la macabra carga era izada, mediante una grúa, hasta la cubierta del yate.

El pesado ataúd se balanceó unos instantes sobre una escotilla de popa y luego, se introdujo en ella.

En el interior de la bodega, cuatro marineros se hicieron cargo de la «mercancía».

Uno de los empleados de la funeraria subió a bordo para tramitar el correspondiente papeleo.

Cuando el vehículo de la «Perkins Mortuary» dobló por Charing Cross en dirección a Trafalgar Square, Paddington, el segundo de a bordo, cruzó los dedos para ahuyentar todo posible maleficio.

Tal precaución, a pesar de todo, no consiguió devolver a su ánimo la tranquilidad perdida; perdida en el mismo instante en que llegó a su conocimiento que el dueño del yate iba a realizar en él su último viaje, no como antes en el lujoso camarote de popa, sino en el fondo de la bodega y metido en un doble ataúd.

El irlandés no comprendía tampoco los motivos que habían impulsado al ahora difunto propietario del barco a tomar aquella descabellada decisión.

Sólo por temor a las burlas del capitán Harris había resistido la tentación de quedarse en tierra, pretextando una súbita indisposición.

—Bien, señor Paddington —se acercó a él el capitán, arrancándole de sus fúnebres pensamientos—, ya tenemos al primero de nuestros pasajeros a bordo.

—¿Se refiere al muerto?

—Sí, señor Paddington. Ahora son las nueve; dentro de una hora, según lo convenido, tendremos aquí a los demás.

—Si yo estuviera en su pellejo —dijo el segundo de a bordo—, no me acercaría a este maldito muelle hasta dentro de un par de años.

—Uno de ellos, sin duda alguna, acudirá puntualmente a la cita.

—¿Se refiere al abogado?

—Por supuesto. Ese viejo carcamal estará aquí a las once en punto.

No se equivocó.

A la hora indicada, Sir Charles Edwards, vestido impecablemente de negro, provisto de un maletín y con el paraguas al brazo, descendió de un taxi frente a la pasarela que unía el muelle con la cubierta del yate.

El capitán Harris y el abogado ya se conocían y se saludaron con efusión.

—Bienvenido a bordo, Sir Charles —dijo el marino—. Yo mismo le acompañaré a su camarote.

Sir Charles preguntó:

—¿Han llegado ya los otros?

—Todavía no.

—En tal caso, capitán, esperaré aquí su llegada.

—¿Y si se arrepienten en el último momento?

—No lo creo —respondió el hombre de leyes, sacando del bolsillo el estuche que contenía sus gafas para ver de lejos.

—Si se retrasan, ¿tendremos que esperarles?

—¡De ninguna manera!

Y añadió, después de uno de sus habituales carraspeos:

—Pero no creo que tarden; es mucho lo que arriesgan, capitán Harris.

* * *

William Hall metió sus escasas pertenencias en una vieja maleta

y cerró la puerta de su habitación, dejando la llave debajo del felpudo para que la encontrara allí su compañero de cuarto, un tipo que ejercía de vigilante nocturno en unas oficinas de la City.

En el espejo del lavabo le había dejado una nota que decía lo siguiente: «Estaré fuera un par de semanas. En la segunda carrera de mañana apuesta por "Perezoso". Bill» Ya en la calle, alzó la mano para llamar un taxi.

—Un día es un día —se dijo, mientras el vehículo se detenía junto al bordillo.

Y después de dar la dirección al conductor, añadió, murmurando:

—Si eso de la herencia es algo más que un sueño, mi Rolls del último modelo.

—¿Decía usted algo, señor? —preguntó el conductor sin volver la cabeza, pero observando a su pasajero en el espejo retrovisor.

—Nada, amigo —replicó William Hall.

Al llegar al muelle, Hall, tras buscar en todos sus bolsillos, consiguió reunir el importe exacto de la carrera.

—¿No hay propina? —se descaró el taxista una vez su pasajero estuvo en tierra.

—Lo siento, pero...

—¡Vaya!

—Sin embargo, voy a compensarle de mí involuntaria tacañería con un buen consejo. En la segunda carrera de mañana apueste fuerte por «Perezoso». ¡Ganará!

El taxista soltó un bufido, al mismo tiempo que maniobraba para poner en marcha el coche. El no era apostador.

Desde la cubierta del «Stoke», el capitán Harris y el abogado observaron cómo William Hall iniciaba su ascenso por la cimbreante pasarela.

Jane Lacey llegó poco después en el coche de una amiga. Su equipaje era algo más voluminoso y el capitán Harris ordenó a uno de sus hombres que acudiera a ayudarla.

—Sólo falta ese jovenzuelo —murmuró Sir Charles, consultado su reloj.

El retraso de Richard Newman se debía a causas ajenas a su voluntad.

La propietaria de la casa en la que se alojaba no estaba dispuesta a permitir que su huésped se marchara sin abonarle las dos semanas que le debía.

—Mi ausencia sólo durará unos diez días —le dijo Newman—. Le pagaré a la vuelta.

—Eso me dijo el granuja que ocupó esta habitación antes que usted, y todavía lo estoy esperando.

—Ya le he dicho que voy a cobrar una herencia.

—¡Bah!

—¡Le aseguro que es cierto!

—Tan cierto como que a mí me han invitado al palacio de Buckingham con motivo del cumpleaños de la reina.

—Le enseñé la carta de ese abogado, ¿no?

—Sí, pero eso no prueba nada.

—Prueba que voy a heredar un millón de libras.

—¿Nada menos que un millón de libras?

—Exactamente, señora Burns.

La señora Burns se colocó en la puerta, cerrando el paso a su joven huésped.

La barrera era del todo infranqueable, pues la dueña del apartamento era un peso pesado.

Ni el disparo de un misil con cabeza nuclear la hubiera apartado de allí.

—Señora Burns...

—¿Qué? —gruñó la aludida.

—¿No le he dicho nunca que me recuerda a mí madre?

—No.

—Pues me la recuerda, se lo aseguro.

—¿De veras? —dijo sin el menor entusiasmo la mole de carne que le cerraba el paso. —Sí —se sentó en la cama Richard Newman—. Ella, lo mismo que usted, era una mujer de carácter.

—¡Hum!

—Pero muy buena en el fondo. Todas las noches cuando me acostaba, me cantaba una nana.

—¡Yo nunca he cantado una nana a nadie!

—Porque no ha tenido hijos...

—Eso no es culpa mía, sino de mí difunto marido, que no servía para nada. Ni siquiera me dejó una pensión algo decente el día que tuvo la buena ocurrencia de estirar la pata.

—Hablando de estirar la pata...

—¿Qué?

—Harry Hayton también ha muerto.

—¿De veras? ¿Quién es ese individuo?

—El tipo que me ha nombrado su heredero. Como ya le he dicho, me ha dejado un millón de libras.

—¿Es pariente suyo?

—No.

—Entonces, ¿cómo se ha acordado de usted en su testamento?

—No lo sé, señora Burns. Pero es algo maravilloso, ¿no cree?

—Lo sería... si fuera cierto.

—Lo es, señora Burns.

—¡Bah! Hace mucho tiempo que dejé de creer en los cuentos de hadas.

—No se trata de un cuento de hadas, sino de una esplendorosa realidad. Si me permite que le muestre otra vez la carta de ese abogado...

—Puede ahorrarse la molestia.

No obstante, Richard Newman sacó la carta del bolsillo.

—¡Bah! —desdeñó ella el documento—. Déjese de monsergas y pégueme las dos semanas de alquiler que me debe.

—Pero...

—Márchese si quiere, pero deje aquí su maleta. Es seguro que no contiene nada de valor, pero algo es algo, por lo menos, no lo perderé todo. Es posible que vendiendo todas sus pertenencias pueda comprarme un sombrero nuevo.

—Si consigo esa herencia, le compraré una docena de sombreros nuevos, señora Burns.

—Hablaremos de ello cuando la haya cobrado.

—¡Oh! —se levantó con expresión desesperada Richard Newman, juntando las manos en ademán de súplica—. ¿Cómo voy a cobrarla si usted está impidiendo que llegue a tiempo para embarcarme en ese yate?

—¡Otra de sus fantasías!

—¿Por qué no se fía de mí?

—Porque no es usted de fiar, joven.

—Esa es su opinión.

—Y la del dueño de taller de reparaciones que le despidió.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Una se entera de todo. De haber sabido que le habían echado de ese taller por meterle mano a la caja sin permiso de su propietario, no le hubiera alquilado esta habitación. Desgraciadamente, recibí la información con retraso.

—¡No soy un ladrón! —protestó Richard Newman.

—¿No? Entonces, ¿cómo se llama ahora a quien se apodera de lo que no es suyo?

—Ladrón, por supuesto; pero yo nunca he robado nada.

—Intenta robarme a mí, largándose sin pagar.

—Le aseguro que no es ésa mi intención, señora Burns.

Y para demostrarle mi buena fe, le dejaré mi maleta.

—¡Hum!

—Sólo me llevaré el cepillo de dientes.

—¡Hum! —volvió a gruñir la señora Burns, pero esta vez en un tono muy distinto.

Richard fue a abrir la maleta, pero la gorda se lo impidió, agarrándole del brazo.

—¡Espere! —dijo.

—Está bien —volvió hacia ella sus ojos azules Richard Newman —: renuncio también a llevarme el cepillo.

La señora Burns, sin soltar el brazo de su joven huésped, preguntó:

—¿Es verdad que me parezco a su madre?

Richard se quedó con la boca abierta ante lo inesperado de la pregunta. ¡Diablos! ¿Es que acaso latía un corazón humano en el interior de aquella mole de grasa rodeada de alambre espinoso?

—Sí —respondió.

—¡Váyase! —exclamó la gorda.

—¿Lo... lo dice en serio?

—¡Sí, maldita sea! ¡Lárguese de aquí antes de que me arrepienta!

Richard Newman se encaminó hacia la puerta.

—¡Eh! —le retuvo ella—, ¡Se olvida la maleta!

El joven tomó la maleta y, al pasar frente a la señora Burns, murmuró unas palabras de agradecimiento.

Pero hizo algo más.

Acercó su rostro a la mofletuda mejilla de su patrona y le dio un beso.

—¡Adiós, señora Burns! —exclamó Richard, saliendo al pasillo.

La gorda se asomó a la puerta para ver como el joven descendía las escaleras de dos en dos, llevando la pequeña maleta debajo del brazo.

—¡Por todos los diablos! —resopló la señora Burns, tocándose la mejilla—. ¡Me ha besado!

Richard Newman ya estaba en la calle cuando la patrona del futuro heredero volvió a repetir.

—¡Me ha besado!

# CAPÍTULO 4

El «Stoke» zarpó puntualmente a la hora, apartándose del Victoria Embankment para iniciar su navegación por el centro del río, camino del mar.

Los pasajeros, con excepción de Sir Charles, que decidió recluirse en su camarote, subieron a cubierta.

El quinto pasajero, el difunto Harry Hayton, tampoco se dejó ver.

Pero por otros motivos.

El capitán Harris dejó el mando a su segundo, que seguía evidenciando un aspecto taciturno y preocupado.

—Vamos, vamos —le animó el capitán Harris, consciente de lo que estaba pasando por la mente de su subordinado—, éste es un viaje como los otros.

—¿Como los otros?

—¿Por qué no?

—Entre otras razones porque el señor Hayton no está en cubierta, después de haber tomado el primer té del día, sino encerrado en la bodega, como si fuera un saco de patatas.

—¿Patatas? ¡Hum! Puestos a comparar, podría usted haber empleado otro símil.

—¿Una caja de tomates?

—¡Diablos! —se quitó la pipa de la boca el capitán—. Tampoco eso me parece muy apropiado. Un ataúd es algo muy distinto a una caja de tomates.

—Sí, claro...

—Por lo menos habrá costado doscientas libras.

—¡Bah! Estoy seguro de que el señor Hayton hubiera preferido hacer el viaje en su camarote. Vivo, se entiende.

—Todos tenemos que morir —se encogió de hombros el capitán Harris.

El irlandés se apresuró a cruzar los dedos, gesto que no pasó inadvertido a su superior.

—Avíseme cuando lleguemos a la altura de Sheppy —dijo el capitán.

—Bien —replicó Paddington.

Al pasar por debajo del puente de Vauxhall, el yate se cruzó con un remolcador.

El capitán Harris abandonó el puente para encaminarse a su camarote, situado en la proa.

Allí, la trepidación de los motores que impulsaban la embarcación era apenas perceptible.

En el puente, el marinero que estaba al timón se permitió un comentario.

—Tendremos buen tiempo —dijo.

—¡Ajá! —asintió el segundo de a bordo, que se paseaba como un león enjaulado del uno al otro extremo del estrecho recinto.

Pero no lo dijo muy convencido.

El azul del cielo, sin una nube, se reflejaba en las tranquilas aguas del Támesis, sobre las que el paso del yate iba dejando una blanca estela.

En realidad, no era el estado del tiempo lo que inquietaba a Paddington.

En aquella época del año —finales de verano—, cruzar el Mediterráneo no ofrecía peligro alguno. Además, el «Stoke» era un buen barco y podía hacer frente sin riesgo a cualquier eventualidad meteorológica.

Lo que inquietaba al supersticioso irlandés era la clase de carga que llevaban a bordo.

A los pasajeros, por el contrario, tal circunstancia no parecía preocuparles en absoluto.

Los dos hombres y la muchacha, cansados de dar vueltas por cubierta, se habían sentado bajo la toldilla de popa y se mostraban muy animados.

Era evidente que los tres aceptaban de buen grado la situación.

Un marinero, en funciones de camarero, les sirvió unas bebidas.

—La comida se servirá a la una en punto —les informó antes de retirarse.

—Bien —dijo William Hall.

Jane Lacey le agradeció la información con una sonrisa y una fugaz exhibición de sus esbeltas y bien torneadas piernas.

William Hall, después de probar la tónica con ginebra que había solicitado, chasqueó la lengua de una manera un tanto grosera y reanudó la conversación que había interrumpido el camarero.

—¿No tenéis la impresión de que todo esto es sólo un sueño del que vamos a despertar de un momento a otro?

—Yo no —respondió Jane—. Además, yo nunca sueño.

—¿Ni despierta?

—Despierta mucho menos. Eso lo dejo para los tipos que vienen a lloriquear sobre mis hombros en el bar de camareras donde trabajo.

—¿Y en qué sueñan esos fulanos? —preguntó el apostador profesional.

—En que yo puedo darles lo que no encuentran en su casa.

—¿Y se lo das?

—¿A ti qué te parece?

—No lo sé; yo nunca he ido a lloriquear sobre los hombros de una camarera. —Me limito a ser para ellos como una especie de muro de lamentaciones —explicó Jane.

—¡Hum! —hizo una mueca William Hall—. Al precio que cobráis las bebidas en esos antros de perdición, los clientes tienen derecho a esperar algo más.

—¿Qué?

—Bueno, ya me entiendes.

—Sí, pero yo no soy de ésas: me limito a escuchar y a sugerirles que la vida puede ser más soportable si se toman otro whisky.

—Un consuelo que les sale caro.

—Más caro les saldría ir a un psiquiatra.

—En eso tienes razón, muñeca.

—Señorita Lacey, si no te importa.

—¡Oh!

—Bueno —contemporizó ella—. Dadas las circunstancias, puedes llamarme Jane.

—Y tú a mí Bill —respondió el apostador, ofreciendo un cigarrillo a la muchacha.

—Gracias —rechazó ella—. Sólo fumo cuando estoy de servicio.

—¡Vaya! —intervino Richard Newman—. Al revés que los «polis».

Y volvió a sumergirse en su mutismo.

—¿En qué piensas? —preguntó la muchacha.

—En lo que me está ocurriendo. Si he de deciros la verdad, yo sí me imagino que estoy soñando. Y temo despertar de un momento a otro.

—¡Hum! —bromeó William Hall—. Espero que eso no ocurra hasta que tengamos en el bolsillo ese millón de libras.

—¿Y si se tratara de una broma?

—¡Descartado! —alzó la mano el apostador—. El fulano que nos convocó en su oficina es un tipo muy serio.

—Pero...

—Estoy tan confuso y aturdido como tú, muchacho, pero tengo la seguridad de que todo es correcto.

—¡Pero muy extraño!

—¿Por qué?

—¿Os parece razonable que un hombre que, hasta hace poco, era un desconocido para nosotros nos haya dejado semejante fortuna?

—No, pero...

—Eso sólo ocurre en las novelas.

—Mi compañero de cuarto, que es un tipo muy ilustrado y algo filósofo, asegura que, a menudo, la realidad sobrepasa a la fantasía.

—Pero no hasta ese extremo.

—Nosotros nunca habíamos oído hablar de Harry Hayton, en efecto; pero cabe en lo posible que él nos conociera.

—No lo creo —dijo Jane Lacey.

—No te precipites —se volvió hacia la muchacha William Hall —. Es posible que el fulano ese que hoy viaja con nosotros en el fondo de la bodega haya sido uno de esos que han llorado sobre tus hombros.

—No lo creo —respondió Jane, jugando con un vaso de limonada—. La propina más generosa que he recibido de uno de esos cretinos fue de cinco libras.

Y añadió:

—Y tú, ¿qué clase de favor puedes haberle hecho para que te haya recordado en su testamento?

—Bueno, tal vez le hiciera ganar en las carreras.

—¿Y tú, Richard? —preguntó Jane.

—Como no fuera el de limpiarle el parabrisas de su Rolls...

—Harry Hayton no tenía un Rolls, sino un Bentley —dijo William Hall.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me he informado. Yo no soy un pipiolo como vosotros, jovencitos, y me gusta ir sobre seguro.

—¿Qué más has averiguado? —preguntó Jane.

—Que Harry Hayton era un tipo un poco raro.

—¡Eso es evidente! —exclamó Richard.

—Estuvo al mando de una compañía durante la Segunda Guerra Mundial, pero dejó el ejército al terminar la contienda para dedicarse a los negocios.

—Con éxito, supongo —dijo Jane.

—No, muchacha: como hombre de negocios no alcanzó mejores resultados que en el ejército, donde, al parecer, fracasó rotundamente.

—¡Vaya! —exclamó Richard Newman.

—No se pudo probar nada —prosiguió diciendo Hall—, pero estuvo a punto de ser sometido a un consejo de guerra.

—¿Por qué?

—Por desertor.

—¡Diablos!

—Después de la ocupación de Salónica por las tropas alemanas, Harry Hayton abandonó el mando de su compañía, que formaba parte del Cuerpo expedicionario británico en Grecia, y desapareció como

tragado por la tierra. Sus hombres fueron diezmados en las Termopilas. Hayton se incorporó a los restos de su unidad en Megara, cuando se estaba procediendo al reembarque de las tropas del general Wilson.

—¿Cómo pudo justificar su ausencia?

—Alegó que había sufrido un ataque de amnesia y que no recordaba nada.

—¡Hum! —dijo Richard Newman—. ¿No os parece un tanto extraña la coincidencia?

—¿Qué coincidencia, muchacho?

—Vamos rumbo a Grecia, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Por qué razón?

—Por una razón sentimental, supongo.

—Tal vez; pero no deja de ser algo extraño.

Richard Newman encendió un cigarrillo, mientras se escuchaba el sonido de una campana.

—¿Qué es eso? —preguntó Jane, sobresaltada.

—Nos anuncian que ha llegado el momento de pasar al comedor, muchacha —dijo William Hall.

Mientras se encaminaban a la parte central del yate, Jane Lacey preguntó:

—Si ese tipo fracasó en los negocios, ¿cómo puede dejar a sus herederos tres millones de libras?

La pregunta quedó sin respuesta.

Cuando el capitán Harris los recibió en el comedor, donde había una mesa dispuesta para cuatro personas, manifestó:

—Tendrán que disculpar al abogado; no se encuentra muy bien y ha decidido permanecer en su camarote.

—No será nada grave, espero —dijo Jane Lacey.

—Está un poco mareado.

—¿Mareado de navegar por el Támesis? —exclamó con expresión burlona William Hall—. ¿Qué ocurrirá cuando entremos en las alborotadas aguas del Mar del Norte?

—No creo que la navegación por el mar abierto aumente la indisposición de Sir Charles —replicó el capitán, mientras apartaba una silla para que se sentara Jane—. Según el parte meteorológico, el tiempo será excelente.

# CAPÍTULO 5

La fiabilidad de los boletines meteorológicos se pone a menudo en entredicho.

Con razones harto fundadas, preciso es decirlo.

Aquella tarde, el capitán Harris tuvo motivos para sospechar que los técnicos encargados de predecir el tiempo en la zona marítima se habían dedicado a rascarse el ombligo o a jugar al póquer en lugar de ocuparse en consultar debidamente sus barómetros, veletas, pluviómetros, anemómetros y cartas isobáricas.

—¿Dónde está el buen tiempo prometido? —gruñó al hacerse cargo del mando.

El yate había virado hacia el sur para penetrar en el Paso de Calais en medio de una negra y espesa niebla.

A estribor, ni siquiera eran visibles las blancas rocas de Dover.

—Visibilidad nula —dijo el segundo de a bordo, pegando su abultada nariz a la cristalera.

El «Stoke» parecía flotar en medio de una algodonosa y húmeda nube, como un silencioso fantasma.

—Atento al radar, señor Paddington —indicó el capitán Harris a su segundo—. No tendría ninguna gracia que chocáramos con alguno de los numerosos barcos que navegan por el canal en esta época.

—Esta situación no es normal, capitán.

—Pasará pronto. Espero que la niebla se disipe así que doblemos el cabo de la Hague.

Pero no sucedió así.

Más allá de las islas anglo-normandas, ya en plena noche, la niebla se hizo más intensa.

Después de cenar, Jane Lacey, William Hall y Richard Newman se recluyeron en sus respectivos camarotes. Sir Charles, que al parecer todavía seguía indispuesto, no hizo acto de presencia.

Jane, que ocupaba el mejor camarote del barco, se desnudó para tomar una ducha.

La temperatura en el interior del lujoso camarote era muy agradable, casi calurosa, pues el sistema de calefacción funcionaba perfectamente.

Después de la ducha, antes de envolverse en una amplia toalla de baño, Jane se contempló en el espejo adosado en uno de los laterales del estrecho recinto.

El examen resultó satisfactorio.

El camarote era el que ocupaba en vida, en sus frecuentes cruceros, el hombre que ahora viajaba en un lugar mucho más incómodo.

Aquel espejo, sin duda, habría reflejado muchas veces la figura del muerto.

Este pensamiento hizo que Jane Lacey, con un escalofrío, se apartara del espejo, algo empañado por el vapor de agua.

Jane se puso un pijama y se metió entre las sábanas de la litera.

Al apagar la luz, una lechosa claridad entró por el ojo de buey que comunicaba con la cubierta.

No tardó en quedarse dormida, mecida por el suave balanceo del buque y por el sordo murmullo de los motores que jadeaban rítmicamente en las entrañas del «Stoke».

Fue el gorgoteo de un grifo abierto lo que la despertó. ¿Se había dejado la ducha abierta? No; estaba segura de haberla cerrado.

El camarote estaba sumido en la más profunda oscuridad y buscó el interruptor para encender la luz de la lamparilla colocada junto a la litera.

No la encontró.

Su mano derecha tanteó en las tinieblas inútilmente, pues sólo encontró el vacío.

El gorgoteo proseguía.

Ahora ya no era semejante al que produce un grifo abierto, sino idéntico al de un chorro de agua que cae sobre la masa líquida de una piscina o bañera.

La mano izquierda de Jane notó una humedad pegajosa y fría a la vez al mover el brazo para buscar las zapatillas.

—¡Diablos! —exclamó—. ¡Se está inundando el camarote!

Pero, ¿estaba en el camarote?

La litera se movía lentamente, con un vaivén acompasado, como si estuviera flotando.

El techo no lo formaban las tablas de la sobrecubierta, sino un velo de un negro intenso, agitado por la brisa.

Jane Lacey intentó incorporarse, pero no pudo.

Su cuerpo estaba atado a la litera por la cintura y los tobillos.

Alzó los brazos para romper las tupidas telas de araña que la cubrían, formando diversas capas sobre ellas.

Hizo un esfuerzo, un esfuerzo terrible, y su cuerpo se elevó en el espacio un par de metros.

Entonces pudo ver lo que ocurría.

Pudo observarse a ella misma en la litera, dando manotazos en el aire para apartar las telarañas.

—¡No! ¡No! —gritó.

La litera no era tal, sino un ataúd blanco con adornos plateados, pero sin tapa, que flotaba como una siniestra embarcación en medio de un inmenso mar de sangre.

Una fuerza irresistible la atrajo hacia el interior del ataúd y volvió a penetrar en su propio cuerpo.

—¡Richard! —gritó.

Pero a su llamada no acudió su joven compañero de viaje sino una terrible araña que fue trepando por sus piernas.

—¡No! ¡No!

La araña, al llegar a la altura de su pecho, la observó con sus ojos negros y profundos.

El bicho levantó una de sus peludas patas y empezó a golpearla en el rostro.

El ataúd empezó a hundirse lentamente, muy lentamente, en los abismos de aquel mar sanguinolento.

Jane Lacey quiso gritar, pero no pudo, ya que un líquido espeso y acre penetró en su garganta.

Lo último que vio fue una gran luna que brillaba en el cielo; una luna que estalló en mil pedazos un instante antes de que el ataúd se precipitara hasta el fondo del insondable abismo líquido, como atraído por una fuerza misteriosa.

—¡No! —gritó al mismo tiempo que despertaba de su horrible pesadilla.

La luna seguía allí.

Pero no era tal, sino la claridad de la bombilla colocada en la cabecera de la litera.

Sin duda, todavía medio dormida, había pulsado el interruptor.

Todo había sido un mal sueño.

Jane, empapada en sudor, se incorporó a toda prisa.

Consultó su reloj de pulsera y vio que señalaba la una de la madrugada.

Se puso la bata y, abriendo la puerta del camarote, salió a cubierta a respirar un poco de aire puro.

Todo estaba solitario.

Las luces de situación del barco parpadeaban en medio de la espesa niebla.

Miró hacia el puente, observando la silueta del timonel a través de la cristalera.

El ruido del mar se confundió con el apagado rumor de los motores del barco.

La niebla era muy espesa, pero Jane pudo distinguir los objetos

más cercanos.

En cubierta había otro pasajero.

No era un miembro de la tripulación, pues iba vestido con un traje oscuro.

Estaba de espaldas, agarrado a la baranda, y sus blancos cabellos se movían a impulsos de la brisa.

Jane se fue acercando al insomne pasajero, como buscando su compañía.

El desconocido se volvió hacia ella.

—¡Oh! —exclamó Jane.

El rostro del hombre aparecía pálido como el de un cadáver.

Sus labios se movieron, pero la joven no logró escuchar el eco de sus palabras.

—¿Quién es usted? —preguntó Jane.

El hombre clavó en Jane sus ojos velados por una melancólica sombra.

—Discúlpeme —dijo la muchacha—, no era mi intención molestarle.

El desconocido, impasible, le volvió la espalda, como ignorando su presencia.

Jane Lacey, murmurando unas palabras de excusa, se alejó del hombre vestido de negro y volvió sobre sus pasos para regresar a su camarote.

Antes de cruzar la puerta, se volvió para observar la cubierta.

El desconocido ya no estaba allí.

Jane hizo funcionar el pasador que cerraba por dentro la puerta de la cabina.

—Es extraño —murmuró mientras se despojaba de la bata—. El abogado nos dijo que en el barco no habría otros pasajeros. ¿Quién será ese tipo?

La muchacha volvió a tenderse sobre la litera, pero no apagó la luz. Fuera, en el pasillo, resonaron unos pasos.

# CAPÍTULO 6

El día amaneció espléndido.

La niebla se había disipado por completo; sólo a lo lejos, pegada a la costa portuguesa, se divisaba una dorada neblina que los rayos del sol iban disipando.

Jane Lacey, William Hall y Richard Newman se hicieron servir el desayuno bajo la toldilla de popa.

La muchacha relató a sus compañeros el sueño que había tenido.

—¡Vaya! —se burló William Hall—. Eres demasiado impresionable, pequeña. Yo he dormido como un lirón.

—Pero eso no fue lo peor —dijo Jane.

—¿No? —levantó sus cejas el apostador profesional—. No me digas que alguien intentó entrar en tu camarote para...

Ella hizo un mohín de disgusto.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Newman.

—Salí a cubierta.

—¿Para qué?

—Me ahogaba en el camarote y decidí respirar un poco de aire puro.

—¿Con aquella niebla?

—Sí.

—Y entonces...

—Entonces fue cuando vi a aquel hombre.

—¿Qué hombre?

—Un pasajero que no nos fue presentado al embarcar.

—¿No sería el viejo?

—¿Qué viejo?

—El abogado, muchacha.

—No, no era él; no lo había visto en mi vida.

—¿Y qué te dijo?

—No lo sé —respondió la muchacha, mientras untaba de mantequilla la tostada que tenía en la mano—. Me habló, pero no logré entenderle.

—Tal vez se expresó en un idioma desconocido para ti, Jane —sugirió Newman.

—No —dijo la muchacha—. Movió lo labios, pero...

—¿Qué?

—Su voz no llegó hasta mí.

—Estarías dormida y por eso...

Jane Lacey dejó la tostada sobre el plato.

—Ese hombre...

—¿Qué, Jane?

—Parecía un fantasma.

—¿Un fantasma? —inquirió Richard.

—Un muerto —se estremeció ella.

¡Diablos! —exclamó William Hall—. No irás a suponer que se trataba de Harry Hayton que, cansado de permanecer en su ataúd, había salido a estirar un poco las piernas.

—No... no se me había ocurrido.

—Que yo sepa —dijo con expresión burlona Hall—, es el único fiambre que llevamos a bordo.

Jane Lacey palideció.

—No seas bruto, Bill —le recriminó Richard.

—¿Se te ocurre otra explicación?

—Puede ser un polizón, alguien que se escondiera en el yate para viajar gratis. Y añadió, volviéndose hacia Jane:

—¿Cómo era?

—Alto, delgado, con el pelo blanco y vestido de negro.

—¡Rayos! —exclamó Hall.

—¿Qué ocurre? —preguntó Richard Newman.

—Antes de responder —dijo Hall—, permitidme que vaya a buscar algo a mí camarote.

Vuelvo enseguida.

Cuando se quedaron solos, Richard colocó su mano sobre el brazo de la muchacha.

—No te preocupes, pequeña. Tal vez esa misteriosa aparición formara parte de tu pesadilla.

—No —movió ella la cabeza—. Estaba bien despierta, Richard.

—Eso es lo que ahora te imaginas, Jane. Es posible que ni siquiera salieras del camarote.

—Yo...

—Mira esto, pequeña —la interrumpió William Hall, alargándole una manoseada revista ilustrada que llevaba en las manos.

La publicación venía abierta por la página central y mostraba varias fotografías en color como complemento de un corto artículo.

Jane echó un vistazo a la primera de las fotos, donde aparecía el busto de un hombre, expresando en su rostro un gesto de marcado desagrado, como si el objetivo del fotógrafo le hubiera sorprendido de

forma subrepticia.

—¡Es él! —exclamó.

—¿Estás segura? —dijo Hall, esta vez sin el menor asomo de estar bromeando.

—¡Por completo!

—¿Quién es ese hombre? —preguntó a su vez Richard, sorprendido por la actitud un tanto preocupada de su compañero.

—Harry Hayton —respondió Hall.

—¡Diablos!

—Ya os dije que había hecho algunas averiguaciones. Fue mi compañero de cuarto quien me proporcionó esta revista. El reportaje que ilustran estas fotografías no es más que una entrevista fallida. El reportero no le sacó ni una palabra.

Y añadió, señalando la publicación que Jane sostenía en sus temblorosas manos.

—¿Tú no le habías visto antes?

—No.

¿Y estás segura que éste es el tipo que encontraste la noche pasada en cubierta?

—Sí.

—Por favor, Jane —intervino Richard Newman—. Te estás sugestionando a ti misma. Verías a uno de los miembros de la tripulación, en medio de la oscuridad y de la niebla, y ahora, al examinar estas malditas fotos...

—No era uno de los miembros de la tripulación, Richard.

—Yo creo que sí.

—No iba vestido como un marinero, ¿comprendes? Llevaba un traje negro, corbata del mismo color y una camisa blanca de cuello almidonado. Y su rostro...

—¿Qué, pequeña?

—Parecía el de un cadáver.

—Tal vez acababa de vomitar...

—¡Claro! —intervino Hall—. Hay gente que no resiste un viaje por mar. Pudo encontrarse indispuesto, lo mismo que el abogado. ¿No era él?

—No.

—Sin embargo, no puedo admitir que fuera Harry Hayton.

—¡Era el mismo hombre que aparece en estas fotos!

—No puede ser, Jane —respondió con suavidad Richard—. Admitir que estás en lo cierto sería tanto como creer...

—Que los muertos resucitan —completó Hall la frase que su compañero había dejado interrumpida.

—¡Exactamente! Y eso... ¡eso es absurdo!

—Por supuesto, Richard —dijo con expresión pensativa William

Hall—. No obstante, me gustaría encontrarle una explicación lógica y razonable a la cuestión.

—¡Bah! —sonrió Richard—, Jane acababa de sufrir una desagradable pesadilla; estaba nerviosa y excitada y... Bueno, no es difícil deducir que los nervios le jugaron una mala pasada.

Jane Lacey se cubrió el rostro con las manos.

—¡Dios mío! —exclamó.

Richard, disgustado, tomó la revista que había quedado sobre la mesa y se la entregó a Hall.

—Toma —le dijo—. No has tenido una buena ocurrencia al enseñarle esto.

—Bueno, yo...

—Has metido la pata.

—Tal vez —admitió Hall.

Richard tomó la cafetera y vertió un poco de su contenido en la taza de la joven.

—Bebe —le dijo.

Ella negó con la cabeza.

—Todavía está caliente.

—¡Era el mismo hombre! —exclamó, alzando la cabeza—. ¡El muerto!

William Hall fue a decir algo, pero se calló al observar que Sir Charles Edwards se acercaba a ellos.

El abogado, que vestía de negro, como si estuviera atendiendo a sus clientes en su severa oficina de la City, les saludó con toda cortesía.

Estoy hambriento —dijo, sentándose junto a Jane.

El camarero se acercó.

# CAPÍTULO 7

—¿Por qué Harry Hayton dejó dispuesto que sus restos fueran inhumados en ese islote de las islas Cicladas? —preguntó Richard Newman al abogado.

—¡Hum! —intentó evadir la respuesta Sir Charles, limpiándose los labios con la servilleta.

—¿No le parece algo insólito?

—Como albacea testamentario del difunto, mi joven amigo, no puedo opinar sobre ello.

—¿Y a título particular?

—Tampoco. En realidad, sólo el señor Hayton podría dar a conocer los verdaderos motivos de su decisión. Desgraciadamente, ya no está en situación de aclararnos nada.

—Sí, claro —jugó con su taza de café vacía Richard Newman—: los muertos no hablan. No obstante...

Sir Charles Edwards se quedó mirando al joven beneficiario de la herencia de Harry Hayton, extrañado por el tono de sus palabras.

—¿Creen que les oculto algo? —preguntó el abogado.

—Pues...

—No se equivocan.

—¿Eh?

—Les oculto algo, de acuerdo con las instrucciones recibidas, pero les aseguro que eso nada tiene que ver con la pregunta que me han formulado antes. Nada sé sobre los motivos que impulsaron a mí difunto cliente a desear ser enterrado en Krami. Sólo él, insisto, podría darnos una respuesta adecuada.

—Jane —intervino con una maliciosa sonrisa William Hall, dirigiéndose a la muchacha—, ¿te molestaría preguntar al señor Hayton sobre esa cuestión la próxima vez que vuelvas a verlo?

—¡Oh! —se estremeció ella—. Eso no tiene ninguna gracia, Bill.

Sir Charles, sin dejar de remover la taza de café que tenía delante, en la que había echado un par de terrones de azúcar, dijo:

—No quisiera ofenderle, señor Hall, pero estimo que su sentido del humor es un tanto peculiar.

—No se trata de una broma, Sir Charles.

—¿No? —levantó su ceja derecha el abogado.

—Aunque le parezca extraño, Jane tuvo la oportunidad de hablar con el señor Hayton.

—¿De veras? —miró el abogado a la muchacha—. Me pareció entender que usted no le había visto nunca.

—Es cierto —intervino Hall.

—Entonces...

—Jane vio al señor Hayton la noche pasada —volvió a tomar la palabra William Hall.

—¿La noche pasada?

—Sí.

—¿Dónde?

—A bordo de este barco, por supuesto.

—Dispénsenme, se lo ruego —se levantó con estudiada dignidad el abogado—, pero aunque me tengo por un hombre tolerante y educado, no estoy dispuesto a soportar...

—No se enfade, por favor —intervino Richard Newman en tono conciliador—. Lo que el señor Hall intenta decirle es que la señorita Lacey ha tenido una pesadilla.

—¿Una pesadilla? —miró el abogado a la muchacha.

—Bueno, yo...

—Lamento tener que insistir sobre ello —dijo William Hall, sacando un cigarrillo de su pitillera—, pero la señorita Lacey, al parecer, habló realmente con el muerto.

El abogado ni siquiera pestañeó.

—Sí, ya sé —prosiguió diciendo el regordete apostador, que más que nunca tenía toda la apariencia de una rana impertinente croando a la orilla de un charco—; ya sé que eso no tiene ningún sentido.

—No lo tiene, en efecto —le observó por encima de los lentes Sir Charles.

El apostador profesional no pareció inmutarse por el tono despreciativo que el abogado había empleado.

—Estoy convencido —siguió croando— que esa macabra entrevista sólo tuvo lugar en sueños. Todos hemos tenido alguna vez esa clase de pesadillas.

—Yo no —respondió secamente el abogado.

Y añadió, mientras se cambiaba las gafas de ver de cerca por los lentes para ver de lejos:

—Y espero que la señorita Lacey pueda dormir apaciblemente el resto de las noches que tendrá que pasar a bordo del «Stoke».

—Yo... —empezó a decir Jane.

—¡Buenos días! —dijo el abogado, inclinando ligeramente la calva cabeza, incluyendo también en el saludo, en un gesto de benevolente deferencia al impertinente Hall—. Sería de desear que

nuestra joven amiga no se viera de nuevo atormentada por tan peculiares vivencias oníricas.

Y, sin más, dio media vuelta para alejarse de la toldilla de popa.

—¡El muy cretino! —gruñó Hall.

—Se ha enfadado —dijo Richard Newman—. Creyó que le estabas tomando el pelo.

—La culpa es mía —suspiró Jane— por cometer la estupidez de contaros lo que me había ocurrido.

—No debes reprocharte nada, pequeña —sonrió con expresión burlona Hall, aplastando su cigarrillo en el cenicero—. Es más, si a ese tipo que viaja encerrado en la bodega se le ocurre abandonar de nuevo su confortable ataúd para encontrarse contigo, no dejes de llamarme. Nunca he visto a un fantasma de cerca y me gustaría charlar con él.

Tiene que ser más emocionante que acertar un pleno en una carrera.

—¡Cállate! —le increpó Richard Newman—. ¿Es que no puedes tomarte nada en serio?

—Vamos, vamos, muchacho. Tengo muy buenas tragaderas, pero no hasta el extremo de admitir que un «fiambre» con un certificado de defunción en toda regla pueda levantarse de la tumba para salir a tocarle el trasero a una muchacha medio dormida que se pasea por la cubierta de un barco en una noche de niebla.

—Harry Hayton todavía no está enterrado. Para el caso es lo mismo. Tan difícil es salir de una tumba o un panteón como de un doble ataúd de fabricación británica.

—Entonces...

—Creo que le damos demasiada importancia a las fantasías de esa jovencita histérica.

—No me gusta que hables así de Jane.

—¡Bah! Sólo es una pequeña zorra. Si el viejo Hayton no se hubiera acordado de ella, hubiéramos heredado su parte.

—Yo me conformo con lo que me corresponde.

—¡Cuánto altruismo! —se burló Hall.

—Y Jane no es lo que tú dices.

—Trabaja en un bar de camareras, ¿no?

—Eso no quiere decir nada.

—Quiere decir, sencillamente, que se acuesta con el primero que llega.

—¡Maldita sea! —le agarró Richard por la pechera de la camisa.

—¡Eh! —se desasió con suavidad Hall—. ¿Qué mosca te ha picado, muchacho? ¿Es que te has enamorado de ella?

—¡Eso no te importa!

—De acuerdo, de acuerdo —se alisó la ropa el achaparrado gordinflón—. No vale la pena discutir por eso. Ya eres bastante mayorcito para saber lo que te conviene. Richard Newman, en lugar de contestarle, le volvió la espalda.

# CAPÍTULO 8

El «Stoke» hizo escala en Barcelona.

El capitán Harris informó a sus pasajeros que necesitaba reparar una pequeña avería que se había producido en la sala de máquinas.

—Podríamos continuar la navegación —dijo—, pero es preferible no arriesgarse. Si lo desean, pueden bajar a tierra, pues no zarparemos hasta mañana a primera hora.

Jane Lacey, Hall y el abogado decidieron permanecer en el barco.

Richard Newman fue el único que desembarcó.

Sin embargo, no se alejó mucho del muelle, limitándose a dar un pequeño paseo por las cercanías.

A media tarde, cuando se encendían las primeras luces se sentó en una terraza de un bar de Las Ramblas a tomar un refresco.

Apenas conocía algunas palabras de español, pero no le fue difícil entenderse con el camarero, que dominaba el inglés casi a la perfección.

A pesar de estar a mediados de septiembre, el calor era sofocante.

En una mesa contigua, dos compatriotas suyos, un hombre alto y delgado y una mujer gorda, sorbían lentamente, en silencio, sendas jarras de rubia cerveza.

Por el centro del paseo iba y venía una abigarrada multitud en la que abundaban los turistas de las más variadas nacionalidades.

«¡Diablos! —pensó—. Si eso de la herencia no resulta un mal sueño como el de Jane, prometo venir de vacaciones a este lugar. No hay duda de que esta gente se lo está pasando muy bien.»

La pareja de carcamales que estaba sentada cerca de Richard parecía empeñada en querer desmentir el anterior aserto.

No encajaba en el ambiente.

El hombre y la mujer observaban con fijeza las jarras de cerveza que tenían delante, pero sin ningún entusiasmo. Cada dos o tres minutos, como si se hubieran puesto de acuerdo mentalmente, los dos levantaban las jarras y bebían un par de sorbos de su contenido.

¡Se aburrían!

Tal vez se habían propuesto llevar la contraria a la gente que pululaba a su alrededor, satisfecha y alborotadora, o bien se consideraban el símbolo de la tan cacareada excepción que confirma todas las reglas.

Poco después, Richard Newman era uno más de los componentes de la riada humana que transitaba por el paseo central de la singular avenida barcelonesa.

Al llegar ante el monumento a Colón, se le acercó un vendedor ambulante para ofrecerle un extenso surtido de chucherías.

—¡Recuerdos de Barcelona, míster!

—No, gracias —rechazó Richard con una sonrisa.

Lo malo era que el atosigante vendedor callejero no estaba solo.

El joven, tal vez para escapar de su acoso, decidió entrar por la puerta que conduce a la planta baja del monumento.

En el pequeño vestíbulo, siguiendo el ejemplo de una pareja de novios que habían entrado delante, compró un boleto que le daba derecho a subir hasta el extremo superior de la columna que sostiene la estatua del célebre navegante y descubridor.

Richard entró en el ascensor en compañía de la pareja de novios.

La muchacha, agarrada al brazo de su acompañante, no tardó en manifestar algunas dudas con respecto a la seguridad del renqueante artefacto.

—¿No se romperá el cable? —preguntó.

—No, tontina.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo han arreglado hace poco.

—¡Oh! Ya sabemos cómo lo arreglan todo en este país. No me extrañaría que hubieran colocado un cable de segunda mano.

—Cambiaron todo el ascensor.

—¿De veras? Pues no lo parece. Es posible que sólo se limitaran a cambiarle algunos tornillos y a darle una mano de pintura. De esto último no hay duda, pues huele a aguarrás que apesta.

—En cambio —dijo él, hundiendo la nariz en los cabellos de la muchacha—. Tú hueles muy bien.

Richard Newman miró hacia otro lado cuando los labios de la pareja se juntaron en un prolongado beso.

Era indudable que no habían subido a contemplar el paisaje.

Pese a todo, la muchacha siguió con sus dudas.

—¿Qué ocurriría si el cable se rompiera? —preguntó.

—No se romperá.

—¿Y si se rompe?

—Pues...

—¿Qué pasará?

—¡Que nos iremos al cuerno desde una altura de cincuenta metros!

—¿Tantos?

—Bueno, puede que sean algunos menos. Pero para el caso es lo mismo.

Una vez en la cumbre, la pareja, al parecer, no encontró excesivamente acogedor el pasillo circular que constituye todo el atractivo de aquel elevado y claustrofóbico observatorio.

Richard los vio correr hacia la puerta del ascensor.

No le importó quedarse solo, observando el paisaje que se divisaba a través de los cristales algo sucios del mirador, para proporcionar a los dos tórtolos la oportunidad de besarse en el interior del ascensor.

Dada la brevedad del viaje, sus escarceos amorosos no podrían ir muy lejos.

Pero, en realidad, Richard no estaba solo.

El hombre no estaba asomado, sino vuelto de cara a la encalada pared, como si estuviera interesado en descifrar las inscripciones que la estulticia de algunos visitantes había dejado en ella.

El tipo, alto y delgado, vestía de negro y tenía el pelo blanco; sus brazos colgaban flácidos sobre sus costados, como si estuviera en posición de firmes.

Al parecer no advirtió la presencia de Richard, pues siguió absorto en la contemplación de los escatológicos y obscenos escritos que ensuciaban la pared.

La luz no era muy buena en aquel lugar y a Richard le pareció que, por añadidura, su intensidad iba bajando.

Se había alejado un tanto del desconocido y, cuando, instintivamente, se volvió para observarle, vio que ya no estaba allí.

Sin duda había dado la vuelta al corredor en sentido contrario, pues percibió una especie de estertor apagado a su espalda.

Richard se sobresaltó.

Cuando se volvió, el hombre vestido de negro estaba casi encima de él, con los brazos extendidos, como cerrándole el paso.

—¡Oiga! —se enojó Richard—. ¿Qué diablos...?

La voz se le quebró en la garganta al darse cuenta de que el rostro del desconocido era solamente una masa de carne putrefacta y fosforescente, en la que los ojos, redondos y sanguinolentos, eran el único signo de vida.

Richard, aterrado, se agarró a la vana esperanza de que aquello fuera una máscara para asustarle. Lo único que pretendía aquel tipo era robarle. No tardaría en sacar una navaja para exigirle todo lo que de valor llevara encima. Pero el hombre enlutado no hizo nada de eso.

Sus dientes amarillentos se movieron y de su boca sin labios,

que dejaba al descubierto las encías, dejó escapar un lastimero murmullo.

El aliento del espectro apestaba a cloaca.

Richard, aturdido, se echó instintivamente hacia atrás, mientras las puertas del ascensor, al abrirse, retumbaban en todo el recinto, mezclándose su metálico estruendo con la algarabía formada por las nerviosas risas y comentarios irónicos y despectivos de un nuevo grupo de visitantes.

Todos eran jóvenes, menos una mujer gorda con aspecto de estar del todo arrepentida de haber emprendido aquella arriesgada aventura.

Richard, aliviado, acogió con una mirada de agradecimiento la presencia de los recién llegados.

Pero, ¿qué ocurriría cuando descubrieran al hombre vestido de negro?

No iba a ocurrir nada, pues la misteriosa e inquietante aparición ya no estaba allí.

¡Se había desvanecido!

Richard, sudoroso y confuso, se pegó a la pared para dejar pasar a los otros visitantes.

Era indudable que sus sentidos le habían jugado una mala pasada. La soledad de aquel lugar y el recuerdo de lo que le había sucedido a Jane había provocado aquel momentáneo fenómeno de autosugestión.

La horrible visión sólo había existido en su mente, un tanto alterada por los últimos acontecimientos, entre los cuales no debía excluirse la alteración emocional que provocaría en el ser más templado la inesperada posibilidad de heredar un millón de libras.

Richard se pasó la mano por la frente, respirando de forma acompasada para calmar sus nervios.

La mujer gorda, al cruzar por delante de él, murmuró con expresión de desagrado, moviendo su mano enjoyada delante de su chata nariz:

—¡Qué mal huele en este lugar!

Richard se encaminó hacia el ascensor, mientras los otros seguían dando vueltas al esférico recinto, renovando sus risas y jocosos comentarios.

Cuando pulsó el botón de bajada lo hizo con mano temblorosa y dirigiendo a su alrededor una mirada de aprensión.

Un chasquido seco y metálico sonó sobre su cabeza y la cerrada cabina empezó a descender.

De repente, aunque su cerebro rechazó la idea por absurda, tuvo la impresión de que no estaba solo.

La luz empezó a vacilar hasta que, bruscamente, se apagó del

todo.

Sin embargo, el ascensor no se detuvo.

Richard notó el sordo trepidar del suelo bajo sus pies, camino de un descenso que parecía interminable.

—¡Maldita sea! —exclamó, tanteando en la oscuridad hasta que se convenció de la inutilidad de su gesto.

Metió la mano en su bolsillo y sacó el encendedor, pulsándolo para encenderlo.

La azulada llama se reflejó en el espejo del fondo, que le devolvió su propia imagen, confusa y espectral.

Fue entonces cuando a su espalda, volvió a percibir aquel apagado y entrecortado estertor, parecido al jadeo de un animal herido y agonizante.

Richard se revolvió como un loco furioso, lanzándose contra su invisible enemigo.

Sus manos sólo encontraron el vacío.

No obstante, a causa del impulso, su cuerpo fue a chocar violentamente contra uno de los paneles que cerraban la balanceante cabina.

—¡Por todos los diablos! —se enfadó consigo mismo—. ¡Me estoy comportando como un estúpido!

Se volvió, pegando la espalda al panel, intentando horadar las tinieblas con su mirada.

Se agachó para buscar a tientas el mechero que se le había caído, pero no lo encontró.

Al ponerse en pie, algo viscoso le rozó la cara, mientras un penetrante olor a podrido le hería el olfato, pegándose a su reseca garganta.

El estertor resonó en su oído izquierdo de forma más perceptible que antes.

Pero también de manera distinta.

Tuvo la impresión de que los descarnados labios del espectro le murmuraban algo.

La voz parecía venir de un profundo pozo, gangosa y sin modulaciones, como si se filtrara a través de un conducto vocal lleno de mucosidades.

—*Ten cuidado* —pudo entender Richard—. *Ese hombre quiere mataros...*

—¿Matarnos? —repitió estúpidamente.

—*Sí... sí...* —carraspeó la voz del fantasma.

—Pero...

—*Cometí un error al escogerle para...*

De pronto se encendió la luz y todo pareció volver a la normalidad.

El ascensor se detuvo casi al instante.

Richard recogió el mechero del suelo y abrió las puertas de la cabina para salir al exterior.

Era ya de noche cuando cruzó el paso de peatones que separa la base del monumento de las aceras laterales del paseo.

No se recobró del todo hasta que estuvo en el interior del taxi que, lentamente, a causa de la densidad del tráfico, le condujo hasta el edificio de la estación marítima.

A bordo del «Stoke» fue recibido por el segundo de a bordo.

—¿Qué tal le ha ido el paseo, señor Newman? —preguntó el irlandés.

—Bien —mintió Richard.

—Usted ha sido el único que ha tenido el capricho de abandonar el barco.

¿Cuál hubiera sido la reacción de Paddington si Richard le hubiese comunicado que, en contra de lo que el segundo de a bordo imaginaba, otro pasajero del «Stoke» había bajado a tierra sin necesidad de exhibir el pasaporte en la oficina de la estación marítima? Le hubiera tomado por loco.

# CAPÍTULO 9

El yate zarpó al amanecer, cuando los pasajeros dormían todavía en sus respectivos camarotes.

Una húmeda neblina se extendía por el puerto, pero no en cantidad suficiente para dificultar la visibilidad.

Al traspasar la bocana, el «Stoke» viró hacia el este, describiendo una curva un tanto abierta.

Lo que despertó a Richard Newman no fue el trepidar de las máquinas, al que ya se había acostumbrado, sino el chillido de las gaviotas que entraba por el ojo de buey que comunicaba con la cubierta, abierto de par en par.

El joven, había pasado una mala noche, despertó con la cabeza algo pesada y un fuerte dolor en la nuca.

Una ducha fría le devolvió en parte su estabilidad funcional.

Mientras el agua resbalaba sobre su cuerpo desnudo en la estrecha cabina, pensó en lo que había ocurrido la tarde anterior.

Era indudable que el fenómeno había sido producido por la tensión del momento y por el recuerdo de la visión de ultratumba que Jane había tenido en el transcurso de la pesadilla.

Aunque Jane aseguró que estaba despierta cuando encontró en cubierta el fantasma de su presunto benefactor Harry Hayton, la lógica más elemental obligaba a poner en entredicho semejante afirmación.

Las palabras pronunciadas por el espectro en el interior del ascensor sólo eran el eco de los pensamientos de su subconsciente.

—Es indudable —murmuró Richard— que ese escurridizo abogado nos oculta algo.

Parece un hombre honrado, pero, evidentemente, actúa con cierta reserva.

«Ni siquiera nos ha facilitado una copia del testamento.»

Richard salió de la ducha y se secó cuidadosamente con una toalla de baño.

«Sin embargo, ¿qué interés puede tener en engañarnos?»

Una de las cláusulas del testamento indicaba que si alguno de los beneficiarios no cumplía lo estipulado, su parte de la herencia pasaría a una entidad benéfica.

Era posible que eso favoreciera al albacea testamentario en su

calidad de administrador de esos bienes.

No obstante, ¿de qué modo podía el abogado provocar la pérdida de derechos de cualquiera de los herederos?

Richard lo ignoraba.

Tal vez convendría hablar de ello con Jane y William Hall.

Por supuesto, no les diría nada de lo que le había ocurrido en Barcelona.

Jane no se extrañaría de ello, pero Hall, sin duda, se burlaría de él.

Durante el desayuno, que tuvo lugar en el comedor, Jane y William ni siquiera le preguntaron nada sobre su corta escapada a tierra.

La muchacha comentó que había dormido estupendamente. En cuanto al apostador, parecía de un humor excelente.

* * *

El día transcurrió sin incidentes.

Al anochecer, el yate había recorrido un buen número de millas, cruzándose en su camino con un par de petroleros del Mar Rojo, a través del Canal de Suez.

Así que hubieron servido el café, el capitán Harris se despidió de los pasajeros para relevar a Paddington.

Jane Lacey, William Hall y Richard Newman se quedaron en el comedor viendo la televisión.

En cuanto a Sir Charles, más huraño y reservado que nunca, prefirió retirarse a su camarote.

Siempre se acostaba a las diez en punto, y no estaba dispuesto a variar de costumbres aunque se encontrara a bordo de un barco.

El camarero sirvió unas bebidas a la muchacha y a sus dos compañeros y luego se alejó.

—En realidad —dijo Hall sin venir a cuento—, podemos decir que este yate es nuestro.

—¿Nuestro? —preguntó Jane.

—Por supuesto, pequeña. Pero, seguramente, encontraremos un comprador.

—Sí, claro —murmuró Richard Newman.

—Será necesario subastar todos los bienes del viejo Hayton para proceder a un reparto más equitativo.

—¡Cuántas complicaciones! —exclamó Jane.

—Bueno —sonrió el apostador—, si quieres renunciar a tu parte...

—Yo todavía no acabo de hacerme a la idea de verme

convertido en millonario — indicó Richard.

—Yo tampoco —reconoció Jane—. Nunca tuve mucha suerte en la vida y me asalta el temor de que lo que me está ocurriendo no sea más que un sueño.

—Por lo menos —volvió a sonreír Hall—, es un sueño más agradable que el que tuviste la otra noche.

—¿Por qué nos habrá dejado dinero?

—Porque no se lo podía llevar al otro mundo, pequeña.

—Sí, por supuesto. Pero, ¿por qué precisamente a nosotros?

—Yo ya he dejado de hacerme esa pregunta, muchacha. Ahora sólo pienso en el fin de este maldito viaje. Ya tengo ganas de que el fiambre que llevamos en la bodega quede depositado para siempre en ese islote.

—Todavía no hemos llegado.

—Pero llegaremos, Richard —manifestó William Hall—. Y en cuanto se hayan cumplido todos los trámites...

Jane Lacey fue la primera en marcharse.

Newman y Hall lo hicieron poco después, pues la película que estaban ofreciendo por televisión era una vieja cinta italiana sin el menor interés.

Jane, antes de meterse en la litera, echó el pestillo que aseguraba por dentro la puerta de su camarote.

También tomó la precaución de correr la cortina que cubría el ojo de buey.

Una vez tendida en la litera, dejó encendida la luz de la cabecera y se puso a leer un libro.

Adormilada, escuchó, con el sobresalto que es de suponer, unos golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Soy Bill! —le respondió Hall desde el otro lado, insistiendo en sus golpes.

Jane se levantó y se puso la bata.

—¿Qué quieres? —inquirió.

—Hablar contigo —respondió el otro.

—¿Ahora?

—Sí, pequeña: es algo importante.

Jane estuvo a punto de mandarle a paseo, pero la curiosidad la venció y descorrió el pestillo de la puerta del camarote.

Sin embargo, se quedó plantada en el umbral y no le invitó a pasar.

William Hall dejó escapar una risita.

—Vamos —dijo—, no seas puritana y déjame entrar; no quiero que nadie se entere de lo que tengo que decirte.

—¿De qué se trata?

—Ya te he dicho que es algo importante; algo relacionado con la herencia.

—¿La herencia?

Fue el mejor salvoconducto para que Jane le dejara el paso libre.

Hall dirigió una mirada a la litera.

—¿Ya te habías acostado? —preguntó.

—Sí.

—Estás mejor instalada que yo —comentó el recién llegado.

Jane hizo un gesto de impaciencia.

—¿No sabes que éste es el camarote que ocupaba nuestro amable bienhechor cuando viajaba a bordo de esta bañera flotante?

—Sí —musitó ella, cada vez más recelosa.

—Tal vez por eso soñaste con él.

—No fue un sueño —replicó Jane—. ¿Tantas veces he de repetirlo? A mí también me cuesta creer que aquel hombre fuera un fantasma. Pero de lo que estoy completamente segura es de que no formaba parte de mí anterior pesadilla.

—Bueno —hizo un gesto con la mano William Hall—, dejemos eso. ¿Puedo sentarme?

Y, sin esperar el asentimiento de la muchacha, se sentó sobre la litera.

El disgusto de Jane se hizo más patente.

—Dijiste que tenías que comunicarme algo importante...

—En efecto.

—Bien, pues desembucha de una vez y luego lárgate.

—Muchacha —movió Hall la cabeza en actitud de desaprobación—, tus modales no son muy exquisitos. Cuando cobres la herencia, tal vez sería conveniente que te gastaras algunos centenares de libras en un buen profesor.

—Me parece que tú lo necesitas más que yo, Bill.

—Es posible —reconoció William Hall con una cínica sonrisa en sus delgados labios—.

Pero yo no soy un caso perdido. En cambio, tú...

Déjate de monsergas y dime a qué has venido.

Hall golpeó la litera con la mano.

—Siéntate a mí lado —invitó.

—No.

—¿Por qué?

—Desde aquí te oigo perfectamente.

—Vamos, vamos, pequeña. Se diría que tienes miedo de mí.

—¿Miedo?

—No voy a comerte. Lo único que pretendo evitar es que alguien pueda escuchar lo que hablamos. Newman, por ejemplo.

—No creo que eso importara demasiado: Richard está en la misma situación que nosotros; es uno de los beneficiarios del testamento de Hayton.

—Lo sé, pequeña, pero...

—Empiezo a sospechar que no has venido aquí para hablarme de la herencia.

—Pues...

Jane abrió la puerta del camarote.

—¡Lárgate! —dijo a su visitante.

—Pero...

—¡He dicho que te largues!

—No eres muy amable, pequeña.

—¡No me llames pequeña! Soy más alta que tú, especie de gordinflón.

—¡Bah!

—¡Ya basta! Si no sales de aquí inmediatamente, empezaré a gritar.

William Hall no se movió.

A pesar de estar sentado al borde de la litera, sus pies no tocaban el suelo.

Su aspecto hubiera sido del todo ridículo de no haber sido por el brillo siniestro y cínico que despedían sus ojos saltones debajo de las arqueadas cejas.

—¿A qué vienen esos humos, muchacha? —dijo suavemente, mientras sacaba un cigarrillo—. A pesar de que estás a punto de convertirte en una rica heredera, no debes olvidar que hasta ahora te has ganado la vida calentando braguetas en ese tugurio de Chelsea.

—¡Soy más decente que tú!

—¿De veras? —encendió él el cigarrillo.

—Por lo menos no le robo el dinero a los incautos.

—Yo tampoco, muchacha.

—¡Fuera! —dijo Jane.

William Hall empezó a hacer anillos de humo al expeler el humo del cigarrillo.

—¡Sal de aquí, cara de sapo!

Hall se levantó, dejando el cigarrillo en un cenicero.

—De acuerdo —sonrió torcidamente.

Parecía dispuesto a obedecer la perentoria indicación, pero cuando estuvo junto a Jane, en un rápido movimiento, sujetó a la muchacha y cerró la puerta con el pie.

—¡Suéltame! —se defendió ella.

—¡Bah¡¿Por qué las mujeres decís siempre lo contrario de lo que estáis pensando?

Jane forcejeó para zafarse de los brazos que la aprisionaban,

pero no pudo conseguirlo.

Hall, a pesar de su corta estatura, tenía más fuerza de la que aparentaba.

—¡Socorro! —gritó Jane.

—¡Cierra el pico, estúpida! —jadeó Hall, empujando a Jane hacia la litera—. Sé cómo hay que tratar a las furcias como tú para que se avengan a razones. Esta noche el cuerpo me pide un poco de diversión, y no me iré de aquí hasta que hayas mostrado un poco cariñosa conmigo. Yo no soy un pez frío como Richard o ese viejo abogado apegado a la rutina, que no habrá tenido una aventura amorosa en su vida; yo necesito a una chica de vez en cuando, ¿comprendes?

—¡Suéltame! —se defendió ella con renovados bríos, furiosa y herida en su dignidad.

Hall tiró hacia atrás de la bata que llevaba, inmovilizándole los brazos.

La visión de los senos desnudos de la muchacha, encalabrinó todavía más al rijoso gordinflón, cuya cara estaba congestionada por el deseo.

Ella intentó darle una patada, pero Hall la empujó hasta conseguir tenderla en la litera.

—¡Cerdo! —le escupió Jane.

Hall le propinó un bofetón.

—¡Cierra el pico! —exclamó, furioso—. ¿Acaso me encuentras menos atractivo que los tipos esos que se atiborran de whisky barato en la barra de esa pocilga donde trabajas?

—¡El peor de ellos es mejor que tú, bastardo!

La muchacha pudo liberar su brazo derecho y alzar la mano para arañar el rostro de su atacante.

—¡Maldita sea! —se echó hacia atrás William Hall, furioso.

Jane saltó de la litera, corriendo hacia la pequeña cabina donde estaba instalado el baño.

El hombre, rugiendo de rabia, sin molestarse en secarse la sangre que resbalaba por su mejilla, brincó en pos de ella. Pero Jane ya se había encerrado en el interior de la cabina.

Hall golpeó la puerta con los puños, profiriendo los más espantosos insultos.

Por fin, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, salió del camarote.

No encontró a nadie, pero a su espalda, una vaga sombra se materializó, nimbada por la luz que procedía del puente.

Los ojos de la sombra brillaron en la oscuridad como dos brasas encendidas, siniestros y amenazadores.

Hall, en lugar de entrar en su camarote, se dirigió a la cocina,

donde un marinero, con un mandil anudado en la cintura, estaba lavando unos platos.

—¿Desea algo, señor? —preguntó el cocinero.

—Whisky —respondió Hall.

El marinero abrió un armario y entregó una botella al recién llegado. El apostador tomó un vaso y se sirvió una abundante ración.

—¿Ha tenido algún accidente, señor? —preguntó el cocinero, observando los arañazos que William Hall tenía en el rostro.

—No —gruñó Hall.

—Si lo desea, puede llevarse la botella —dijo el otro.

—Gracias —dijo el intruso, saliendo de la cocina con la botella y el vaso.

Una vez en su camarote, William Hall volvió a servirse otra generosa ración de whisky.

¡Maldita estúpida! —exclamó, mientras empezaba a desnudarse para tenderse en la litera.

Al apagar la luz, los ojos de la sombra le estuvieron observando a través del redondo ventanal.

Hall no se dio cuenta de nada.

# CAPÍTULO 10

El «Stoke» que había estado navegando por las tranquilas aguas del mar Jónico, dejó atrás el cabo Matapán, bordeando la costa norte de Creta para adentrarse en el mar Egeo.

Sir Charles Edwards había ultimado los preparativos para llevar a cabo la inhumación del cadáver de Harry Hayton en el islote de Krami.

Los trámites habían sido iniciados en el consulado griego en Londres y las autoridades estaban advertidas.

Al llegar a las islas Cicladas, una patrullera escoltaría el yate británico hasta Krami.

El cementerio que iba a acoger los restos de Hayton se levantaba en la ladera de una verde colina. En aquel sagrado recinto había ya otras tumbas en las que reposaban algunos soldados británicos caídos durante la Segunda Guerra Mundial.

—Harry Hayton —explicó el abogado al capitán Harris— estuvo combatiendo en estos lugares.

—Entonces...

—Eso explica que mi cliente tomara la decisión de ser enterrado junto a sus camaradas.

—Un deseo un tanto extraño, ¿no le parece?

—En efecto. Pero debemos respetarlo. Harry Hayton no tiene familia. En cierto modo, resulta bastante lógico que quisiera reposar junto a los que fueron sus amigos muertos. A mí nunca se me hubiera ocurrido tal cosa, pero...

—Hay precedentes. Lord Byron acabó también sus días en Grecia, en Missolonghi.

—Pero Harry Hayton no fue un poeta ni un visionario.

—Pero sí un sentimental y un excéntrico —hizo una mueca de desaprobación el capitán Harris—. Lo prueba el que haya dejado toda su fortuna a unos desconocidos a los que, según parece, nunca había visto.

—Bueno —respondió un poco a regañadientes el abogado—, eso no es del todo exacto.

—En cierto modo, sí.

—No le comprendo, Sir Charles —dijo el capitán Harris,

cargando su pipa.

—Yo le informé sobre ellos.

—¿Usted?

—Sí —respondió el anciano hombre de leyes—. Pero fue él mismo quien los seleccionó.

—¿Cómo?

—Nunca me lo dijo.

—¡Hum!

Sir Charles explicó:

—Yo me limité a averiguar si disponían de medios de fortuna propios y de comprobar si reunían las condiciones por él requeridas. Harry Hayton hizo fortuna de manera inesperada y, al parecer, deseaba que ésta fuera a parar a manos de alguien que la recibiera del mismo modo, por obra y gracia del azar.

—Verdaderamente, Harry Hayton era un excéntrico.

De eso no hay duda.

—No es tarea fácil cumplir las últimas voluntades de un hombre semejante.

—No, en efecto. Pero, verdaderamente, no las he cumplido del todo.

El capitán Harris se sacó la pipa de la boca.

—¿Qué quiere decir?

—Que he ocultado ciertos detalles a los beneficiarios.

—¿De veras? —dijo el capitán del «Stoke», sin poder disimular la sorpresa que le había producido lo que el abogado acababa de manifestarle—. Eso no es propio de usted, Sir Charles.

—No, por supuesto —admitió el anciano—. Pero quería evitar complicaciones.

—¿Complicaciones? ¿Qué clase de complicaciones?

—Las que podrían derivarse de la última cláusula del testamento —respondió con lúgubre expresión el abogado—. Estoy faltando de nuevo a mí deber profesional, pero necesito justificarme con alguien. Usted es un hombre discreto y comprensivo, capitán, y...

—¿Siente remordimientos de conciencia?

—No lo sé —se pasó una mano por la reluciente calva Sir Charles—. Nunca, en mi larga vida de hombre de leyes, me había encontrado en un dilema semejante. No obstante, estoy seguro de que mi difunto socio, el señor Hooper, hubiera aprobado mi decisión.

—En tal caso...

—Sin embargo, no puedo olvidar que he faltado a la ética de mí deber profesional de una manera total.

—¡Diablos! —se alarmó el capitán Harris—. ¿Acaso ha engañado a los beneficiarios del testamento de Harry Hayton?

—No, por supuesto. Por lo menos, no en lo más esencial.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Ocurre, amigo mío, que dejé de leerles la cláusula en la que se especificaba que, si uno de ellos moría antes de la entrega oficial de los bienes heredados, su parte de la herencia pasaría a engrosar la de los otros, descontando un veinticinco por ciento para beneficencia.

—¡Voto a mil diablos!

—Eso es lo que omití decirles.

—¿Por qué?

—¿No lo adivina?

—Pues...

—¡Está muy claro, capitán! Esa cláusula podía convertirse en una verdadera bomba de relojería. Equivalía a invitar al que tuviera menos escrúpulos de los tres a atentar contra la vida de los otros.

—Sí, comprendo —gruñó el capitán Harris—. Pero, ¿no hubiera sido mejor que hubiese advertido a su cliente de la inconveniencia de semejante condición?

—¡Lo hice, capitán!

—¡Ya! —golpeó su pipa en la palma de la mano el marino—. Pero el viejo testarudo no tomó en cuenta su consejo.

—Eso fue lo que ocurrió —dijo el apesadumbrado Sir Charles —. Me dijo que me limitara a redactar en forma legal el testamento, pero sin cambiar en absoluto la esencia del mismo. Insistí en que esa cláusula podía convertir esa herencia en algo muy peligroso, pero me contestó que si no estaba dispuesto a cumplir a rajatabla sus deseos, estaba decidido a buscarse a otro abogado.

—¡Vaya!

—¡Ojalá lo hubiera hecho!

—Bueno, bueno —intentó consolar el capitán Harris al abogado —, después de todo, usted obró con la mayor prudencia al ocultar esa disposición a los beneficiarios. Como decimos los de Surrey, quien quita la ocasión quita el peligro.

—No obstante...

—¿Qué?

—Temo que alguno de los tres conozca la existencia de esa lamentable cláusula.

—¿Cómo ha podido enterarse?

—Consultando el registro.

—¡Bah! No creo que deba preocuparse. Lo único que les interesa es heredar.

—Pero...

—Deje de inquietarse, Sir Charles. Estamos llegando al término de nuestro viaje y no ha ocurrido nada.

—Todavía puede ocurrir.

—No lo creo probable.

—Dios quiera que no se equivoque.
—En todo caso, usted habrá hecho todo lo posible para evitarlo.
—¡Faltando a mí deber!
—¡Tonterías! Yo, de estar en su caso, hubiera hecho lo mismo...
Y sacando su reloj de bolsillo, añadió:
—Es la hora del té. ¿Me acompaña?
—Con mucho gusto, capitán.

# CAPÍTULO 11

La noche les sorprendió en el Mar de Creta, a unas diez millas de Milos, la más septentrional de las islas del archipiélago de las Cicladas.

El cielo estaba cubierto, ocultando la luna.

A pesar de la brisa, el calor era sofocante en el interior de los camarotes y Richard Newman decidió dar un paseo por cubierta antes de acostarse.

El joven había advertido la tirantez que parecía existir entre Jane y William Hall. El gordinflón no había perdido su humor habitual, pero Jane no respondía a sus bromas, un tanto groseras a veces.

«Algo habrá ocurrido entre ellos —pensó—. Si ese cretino se ha atrevido a molestarla...»

Newman tuvo que admitir que a cada momento que pasaba se sentía más atraído por Jane.

Sus sentimientos hacia ella eran todavía algo nebulosos e indeterminados, pero, instintivamente, abrigó el temor de que pudieran convertirse en algo más serio que una simple amistad nacida en el transcurso de un viaje por mar. No le inquietaba el que terminara por enamorarse de ella, sino la idea de no ser correspondido.

Conservaba un mal recuerdo de sus escasas experiencias amorosas, especialmente de la última, una muchacha que le dejó en el momento en que se dio cuenta de que él no podía proporcionarle una situación demasiado estable.

Richard Newman no había tenido mucha suerte en la vida. La falta de dinero había sido siempre su mayor problema.

Ahora, gracias a la herencia de aquel desconocido, la situación había cambiado.

Pero Jane, por supuesto, estaba en el mismo caso.

Al dirigirse hacia popa, uno de los miembros de la tripulación se cruzó en su camino y le saludó.

Richard correspondió al saludo, abandonando la zona iluminada del barco para acodarse en la barandilla metálica que delimitaba la plataforma de popa, cubierta en parte por un toldo de

lona multicolor.

Allí reinaba la oscuridad.

El yate, en su rápido navegar, iba dejando una blanca estela sobre las tranquilas aguas cretenses.

La soledad le hizo evocar el extraño incidente que le ocurrió en la cumbre del monumento a Colón, en Barcelona.

—Todo fue una jugarreta de mí imaginación, no hay duda — murmuró mientras encendía un cigarrillo.

Por asociación de ideas, pensó también en el hombre muerto que viajaba con ellos en la solitaria bodega, encerrado en su recio y lujoso ataúd.

Aparentemente, nadie se acordaba ya de él.

Incluso el supersticioso segundo de a bordo se había abstenido de proseguir sus comentarios, saturados de malos agüeros y vaticinios de mala suerte para los pasajeros y tripulantes del «Stoke.»

Pero Harry Hayton seguía allí, sumido en ese profundo sueño que, en opinión de algunos, sólo conduce a la nada.

Richard Newman, como la mayoría de los seres humanos, no estaba seguro de que hubiera otra existencia más allá de la muerte.

A pesar de la inquietante experiencia que había vivido en Barcelona se negaba a aceptar que los muertos tuvieran la oportunidad de regresar del más allá, aunque fuera temporalmente, para intervenir en el mundo de los vivos.

Una vez, por curiosidad, había asistido a una sesión de espiritismo y la reunión resultó un fracaso. Especialmente para los organizadores de la misma, que tuvieron que soportar las burlas de los demás al quedar en evidencia.

Sin embargo, resultaba bastante extraño lo que le había ocurrido a él en la cumbre del monumento a Colón.

La alucinación, si fue tal, había sido tan clara y concreta que no cabía pensar que se hubiera producido a causa de un fenómeno de autosugestión.

Tal vez aquel hombre estaba realmente allí, pero sólo era un vulgar visitante como los demás, ajeno por completo a la sensación enfermiza que estaba causando en la mente de Richard.

Pero, ¿y lo ocurrido en el ascensor?

Allí no había visto nada, pero sí escuchado aquellas extrañas palabras susurradas a su oído a modo de advertencia.

¿Por qué no fue más explícito?

Richard Newman arrojó el cigarrillo al agua con un gesto de mal humor, como si estuviera disgustado consigo mismo.

¿Por qué ocupar su cerebro con tales pensamientos? Era mucho más agradable dedicarse a hacer planes para el futuro y en gozar de antemano de la nueva vida que iba a emprender con aquel dinero que,

de forma tan inesperada, le había llovido del cielo.

Dentro de unos días, cuando su desconocido bienhechor reposara para siempre en el islote de Krami, se convertiría en un hombre rico.

Era todavía muy joven y le quedaba mucho tiempo por delante para iniciar una nueva existencia.

Y si Jane correspondiera a sus sentimientos...

Richard, embebido en sus pensamientos, no oyó los pasos que resonaban levemente a su espalda.

En el momento en que iba a sacar el encendedor para prender fuego al nuevo cigarrillo que se había colocado en los labios, sintió que le agarraban por las piernas.

Cuando la sorpresa le permitió lanzar un grito de socorro, se vio precipitado al vacío por encima de la barandilla y notó que aquella masa líquida que un poco antes contemplaba desde la cubierta del yate se precipitaba contra su rostro.

Aturdido, se pudo a bracear desesperadamente, envuelto por la blanca espuma que producía la estela del «Stoke».

—¡Socorro! —gritó.

Pero su grito no fue escuchado.

Nadó hacia la popa del barco, que se alejaba cada vez más, pero pronto comprendió, desesperado, que sus esfuerzos iban a resultar inútiles.

Nadie se había dado cuenta de lo ocurrido.

Sólo la sombra que le había empujado a una muerte segura podía dar la alarma. Pero, naturalmente, no abrigaba tal intención.

# CAPÍTULO 12

La patrullera griega apareció en el horizonte al amanecer, a escasa distancia de la isla de Paros.

El capitán Harris estableció contacto por radio para identificarse.

El oficial que mandaba la patrullera cambió el rumbo, poniendo proa al islote de Krami.

—Nos ha indicado que le sigamos —dijo el capitán Harris a Sir Charles—. Hay un pequeño embarcadero en la única bahía del islote, pero su paso está cerrado por unas peligrosas rompientes. Por eso es conveniente que nos atengamos a sus instrucciones para evitar cualquier lamentable accidente.

Según su costumbre, Jane Lacey y William Hall tomaron el desayuno en la cubierta de popa.

—¿Dónde está el señor Newman? —preguntó el camarero.

—Se le habrán pegado las sábanas —respondió Hall.

—Dentro de una hora aproximadamente estaremos en Krami.

—En tal caso, será mejor que vaya a despertar a ese perezoso. ¿No te parece, Jane? El marinero se alejó, regresando poco después con expresión un tanto preocupada.

—No está —dijo.

—¿No está? —se extrañó Jane.

El camarero insistió:

—No, señorita. Y lo más extraño es que, al parecer, no ha dormido en su litera.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Las sábanas aparecen sin ninguna huella de haber sido utilizadas.

—Bueno —intervino William Hall con burlona expresión—, es posible que, después de levantarse, él mismo se haya hecho la cama, como una perfecta y hacendosa ama de casa.

—No lo creo, señor Hall —respondió el camarero, moviendo la cabeza con convencimiento—. Yo mismo me ocupo de eso todas las mañanas.

Jane, que todavía no había terminado de tomar su desayuno, se puso en pie.

—Voy a buscarlo —dijo.

—¿Tanto te preocupa ese jovenzuelo? —dijo Hall, dando a entender que a él le tenía sin cuidado la ausencia de su compañero de viaje.

La muchacha y el camarero recorrieron todos los rincones del yate sin encontrar el menor rastro del desaparecido.

Entonces fueron a ver al capitán.

—¡Vaya! —exclamó el capitán Harris cuando fue informado de lo que ocurría—. ¿Dónde diablos se habrá metido? Supongo que no se le habrá ocurrido, ni por asomo, bajar a la bodega.

—¿A la bodega? —se estremeció Jane—. No creo que le haya pasado semejante cosa por la cabeza.

—Nunca se sabe —gruñó el capitán Harris—. Por si acaso, bajaremos a echar un vistazo.

—Yo... —vaciló Jane.

—¡Oh! —exclamó comprensivo el marino, advirtiendo la turbación de la joven—. Usted puede quedarse aquí. El cargamento que llevamos en ese lugar no resulta muy agradable.

Y añadió, dirigiéndose al camarero:

—Vamos, Bill.

—Sí, capitán —se aprestó a obedecer el aludido.

* * *

En la bodega, aparte del muerto, encerrado en su ataúd, no había nadie.

—¿Dónde puede estar? —inquirió el camarero.

—No lo sé —respondió el capitán—. Avisa a los marineros que estén libres de servicio que hagan un registro a fondo.

—Bien, señor.

La búsqueda, que esta vez se realizó de forma exhaustiva, no dio resultado.

—¡Por todos los diablos! —se enojó el capitán Harris—. Espero que no se haya caído al agua. Nunca había ocurrido nada semejante a bordo del «Stoke».

—Tal vez —intervino con lúgubre acento el segundo de a bordo —, porque nunca habíamos llevado una carga semejante.

—¿Se refiere al muerto, Paddington? —gruñó con desaprobación su superior.

—Sí, capitán.

—¡Maldita sea! ¿Es que no comprende que todo eso son tonterías? Llevar un muerto a bordo no puede alterar en absoluto la tranquilidad de un barco.

—Los hechos demuestran lo contrario, capitán.

—¡Cuentos de viejas!

—Es posible, pero...

—El señor Newman tiene que estar a bordo.

—Lo hemos buscado por todas partes, capitán —manifestó el irlandés.

—Sí, es cierto —tuvo que admitir el marino, cargando su pipa con mano nerviosa.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ante todo, avisar a Sir Charles. ¿Dónde está?

—En su camarote, capitán —le informó el camarero—. Me dijo que no había visto al señor Newman.

—Entonces, ya sabe que ha desaparecido.

—No, capitán. Para no alarmarle, sólo le dije que le estaba buscando para servirle el desayuno.

No hizo falta acudir al camarote del abogado, pues éste hizo su aparición en el puente inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó al advertir la expresión preocupada que se reflejaba en el rostro de todos los presentes.

—Algo muy extraño, Sir Charles —respondió el capitán Harris.

—¿De qué se trata?

—El señor Newman ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —soltó un respingo el abogado—. ¿Qué quiere decir?

—Que no está a bordo.

—¡No es posible!

—Sin embargo, hay que rendirse a la evidencia, Sir Charles. Lo hemos buscado por todas partes, pero no lo hemos encontrado.

—¿Cómo explica usted eso, capitán?

—Sólo cabe una explicación.

—¿Cuál?

—Que se haya arrojado al agua.

—¿Para qué?

—Tal vez impulsado por un súbito rapto de locura, Sir Charles.

—¡Hum! —movió la cabeza el abogado—. El señor Newman me parece un muchacho muy equilibrado y sensato. Si se lanzó al agua no fue por su propia voluntad, estoy seguro.

—¿Qué quiere decir?

—Que alguien le empujó.

—¡Diablos! —se sobresaltó el capitán Harris, mientras Jane Lacey se cubría el rostro con las manos—. Eso equivaldría a suponer que... que llevamos a un asesino a bordo.

El abogado y el marino intercambiaron una mirada.

Ambos recordaban la conversación que habían sostenido el día

anterior en la que comentaron la peligrosa cláusula del testamento de Harry Hayton.

Sir Charles fue el primero en tomar la iniciativa.

—¿Qué tiene usted que decir a eso, señor Hall? —preguntó al apostador profesional.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Bueno —suspiró el abogado—, creo que ha llegado el momento de hablar claro. Sólo usted y la señorita Lacey podían tener un buen motivo para desear la muerte del señor Newman.

—¡Oh! —sollozó Jane.

William Hall se adelantó hacia Sir Charles adoptando una actitud desafiante.

—¿Es que se ha vuelto loco? ¿Por qué iba yo a desear que ese jovenzuelo desapareciera del mundo de los vivos?

—Para conseguir parte de la herencia.

—¿La que le corresponde a él, quiere decir?

—¡Exactamente!

—Pero cuando nos leyó el testamento...

—Omití la cláusula que hacía referencia a eso, señor Hall. En ella se establecía que si uno de los beneficiarios fallecía antes de que se formalizara la entrega oficial de la herencia, su parte pasaría automáticamente a engrosar la de los otros dos.

Los ojos de sapo de William Hall bizquearon, mientras se humedecía los delgados labios con la punta de la lengua.

—¿En su totalidad? —preguntó.

—Casi.

—¿Casi? —le interpeló en tono desabrido el apostador profesional—. ¡Maldita sea, abogado! ¿Por qué no deja de andarse por las ramas y habla claro de una vez?

Sir Charles no se inmutó.

—Sólo se descontaría un tanto por ciento destinado a una institución benéfica.

—¡Vaya! —levantó la barbilla el gordinflón—. Usted no nos dijo eso.

—No —reconoció el abogado.

—¿Por qué?

—Juzgué conveniente silenciar ese extremo —respondió hoscamente el abogado.

—¿De veras?

—Sí, señor Hall.

—¡Por todos los diablos! —se enfureció Hall, satisfecho en realidad de poder apabullar al puntilloso y metódico hombre de leyes

en presencia de los otros—. ¿Qué clase de abogado es usted? ¿Es que no se fiaba de nosotros?

—Digamos que tenía ciertas reservas.

—¡Hum! —se balanceó sobre sus pies el apostador, tan hinchado como la rana de la fábula—. Yo no entiendo de leyes, pero tengo la impresión de que no actuó usted de forma adecuada.

—Yo creo que sí.

—¡Tonterías! —le espetó Hall—, Salta a la vista que se pasó usted su ética profesional por el trasero.

—Usted... —empezó a decir el abogado, extendiendo su dedo índice hacia el gordinflón.

—¿Qué?

—Usted es un mal educado, señor Hall.

—¡Y usted un farsante!

—Caballeros —intervino el capitán Harris—, en mi opinión...

—¡Voy a demandarle! —exclamó William Hall, ignorando la contemporizadora intervención del veterano hombre de mar.

—Está en su derecho —respondió el abogado—. Pero no olvide algo muy importante.

—¿Qué?

—Que un asesino no puede heredar a su víctima.

—¿Eh? —se desconcertó William Hall—, ¿Es que se atreve a acusarme de haber arrojado a ese muchacho por la borda?

—No, ya que no tengo pruebas. Sólo le recordaba lo que establece la Ley en estos casos.

—La Ley dice también que un albacea testamentario no puede eludir ninguna de las disposiciones dictadas por el testador que...

—¡Basta, señor Hall! —volvió a intervenir el capitán Harris—. Considero que esta discusión está fuera de lugar en estos momentos. Lo más importante es ocuparnos de saber lo que le ha ocurrido al señor Newton.

—No para mí, capitán —le espetó Hall.

—Como capitán de este barco, yo soy quien ha de decidir si esa cuestión es o no importante.

—¡Por favor! —habló con voz entrecortada Jane—. Haga usted algo, capitán.

—No se preocupe, señorita —dijo el marinero.

# CAPÍTULO 13

El capitán Harris se puso en contacto por radio con la patrullera griega, explicando lo ocurrido.

El oficial que mandaba la embarcación prometió alertar a una de las bases costeras para que enviaran un helicóptero a rastrear la zona donde, presumiblemente, se produjo el accidente.

Lamentablemente, la búsqueda no dio tampoco ningún resultado positivo.

El helicóptero regresó a la base, no sin antes comunicar a la patrullera que no existía la menor huella de la presencia del náufrago.

Jane Lacey no pudo contener las lágrimas.

—Calma, hija mía —le dijo con simpatía el abogado, poniendo su mano sobre el hombro de la muchacha—. Es posible que el señor Newman haya podido llegar a nado hasta uno de los numerosos islotes cercanos al lugar donde ocurrió la tragedia.

—¡Dios mío! —insistió ella en su llanto.

—Es mejor que vaya a su camarote, señorita —dijo el capitán Harris.

—Yo la acompañaré —se ofreció Sir Charles.

William Hall soltó una burlona risita.

—¡Vaya! —exclamó—. No hay como ser una chica guapa y adoptar la apariencia de una mosquita muerta para verse libre de toda sospecha.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el capitán Harris.

—Que ella también se beneficia con la muerte de Newman.

—¡Diablos! ¿Pretende sugerir que ella...?

—¿Por qué no?

—¡Es usted un cínico!

—Y usted un ingenuo, capitán.

—¡Cállese!

—¡Bah! —sonrió cínicamente el gordinflón—. Usted tendrá mucha práctica en manejar un barco, pero carece de experiencia con las mujeres; lo mismo que nuestro ilustre abogado.

—Tal vez carezca de experiencia con las mujeres —respondió el capitán Harris—, pero sé perfectamente cómo debo tratar a los tipos de su calaña.

Y quitándose con la mano izquierda la pipa de la boca, con la derecha atizó un soberbio puñetazo a William Hall, borrando de su mofletudo rostro la burlona sonrisa con la que pretendía desafiar a todos.

# CAPÍTULO 14

El «Stoke» entró en la bahía precedido de la patrullera, maniobrando para acercarse al embarcadero.

La isla, formada por una sucesión de colinas de escasa altura, sólo albergaba, cerca de la orilla, algunas casas de pescadores asomadas a una corta playa.

Desde el muelle se divisaba la ladera donde estaba el cementerio.

Una vez el yate hubo atracado, el capitán Harris y Sir Charles bajaron a tierra para cumplimentar ciertos pormenores de la inhumación de los restos de Harry Hayton, que iba a efectuarse al día siguiente.

William Hall, desde la cubierta, lo vio alejarse hasta perderse por entre las casas del pequeño pueblo.

Jane, que también había abandonado su camarote, se acercó a él.

—Quisiera hablar contigo —dijo.

—¡Vaya! —exclamó el gordinflón—. ¿Ya volvemos a ser amigos, pequeña?

Ella eludió la respuesta.

—¿Qué quieres? —preguntó Hall.

—¿Lo hiciste tú?

—¿Hacer qué, muchacha?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Si lo que deseas saber es si fui yo quien arrojó a ese imbécil por la borda, la respuesta es negativa.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—A mí que me registren. Sé lo mismo que tú. Pero en realidad...

—¿Qué?

—¿No crees que yo podría hacerte la misma pregunta? Eres más lista de lo que pareces y...

—¡Eres odioso!

—¿Fuiste tú quien empujó a ese cretino?

—¡Vete al diablo!

—Eso no es una respuesta.

Jane hizo ademán de retirarse, pero él la retuvo por el brazo.

—¡Suéltame!

—¡Bah! No te molestes en fingir conmigo. Yo no me dejo conmover con tus lágrimas ni por tu ridícula pose de «viuda» desconsolada. En el fondo te alegras tanto como yo de que el destino nos haya librado de Newman.

—¡Eres un miserable, Bill!

—Soy un hombre práctico —respondió Hall—. Yo no empujé a ese muchacho, pero no me importa que se haya ido a hacer compañía a los peces si eso redunda en mi beneficio. Y a ti te ocurre lo mismo, no lo niegues.

—¡Te equivocas! Si renunciando a esta maldita herencia pudiera devolver la vida a Richard, no vacilaría.

William Hall soltó una carcajada.

—Conmovedor, verdaderamente conmovedor. ¿Sabes lo que pienso que eres? Una redomada hipócrita, pequeña.

—¡Suéltame!

—Está bien, maldita zorra —obedeció él con despecho—. No creas que tu desprecio me importa demasiado. Con ese millón y medio de libras esterlinas voy a tener todas las mujeres que quiera.

—Eso ya me lo dijiste la otra noche.

—¡Pues te lo repito ahora! Cuando toda esta mascarada termine y regresemos a Londres para cobrar la herencia, yo tampoco querré saber nada de ti. Podríamos haber sido buenos amigos, pero es evidente que preferiste a ese imbécil. Te enamoraste de él, ¿no?

—¡Eso no te importa!

—No, claro que no. Pero mi consejo es que lo olvides. No resulta agradable imaginar que pudiste llegar a ser la novia de un pobre tipo que ahora está en el fondo del mar, lo mismo que ese viejo dentro de su ataúd.

—¡Eres odioso!

—Te repites, muchacha. Tengo otras cualidades.

—Sí —replicó ella, cortante—. Entre otras, la de ser un asesino.

William Hall levantó la mano para golpear el rostro de la muchacha, pero la oportuna presencia de uno de los miembros de la tripulación le hizo desistir de su acción.

—¡Vete a la mierda, zorra! —le espetó—. Ya tengo ganas de que todo esto termine para perderte de vista.

# CAPÍTULO 15

A la mañana siguiente, en presencia de los tripulantes del yate y de la patrullera, el ataúd fue descargado para ser colocado sobre una sencilla carreta tirada por un par de caballos.

El capitán Harris colocó sobre el mismo una bandera inglesa.

Poco después, lentamente, la fúnebre comitiva emprendió el camino que conducía al cementerio de la colina.

Su paso fue observado por algunos pescadores griegos en medio de un respetuoso silencio.

La mañana era radiante, llena de sol.

Cuando la carreta llegó al cementerio, el pastor encargado de rezar el responso se adelantó para colocarse a un lado de la fosa recién abierta.

En las tumbas inmediatas, algunas de ellas adornadas con cruces de madera, estaban enterrados los que, en lejanos tiempos, fueron los camaradas de armas del muerto.

El ataúd que contenía los restos de Harry Hayton fue colocado al borde de la fosa.

Los sepultureros, utilizando sendas cuerdas, lo hicieron descender con lenta solemnidad hasta el interior del hoyo.

Antes de arrojar sobre la caja la primera paletada de tierra, el oficial que mandaba la patrullera, al que acompañaban varios de sus hombres, dijo al capitán Harris:

—Capitán, ese hombre luchó, lo mismo que muchos de sus compatriotas, por la libertad de mí pueblo. Fue un soldado y, por lo tanto, le ruego que me permita rendirle los correspondientes honores militares.

El capitán Harris consultó con la mirada a Sir Charles.

—Por mí no hay ningún inconveniente —dijo el abogado.

El oficial dio las órdenes oportunas y los marineros, formados ante la fosa, apuntaron al cielo con sus armas.

El estruendo de la descarga retumbó en el aire de la tranquila mañana, asustando a las numerosas gaviotas que revoloteaban sobre el islote.

Sir Charles tomó un puñado de tierra y lo arrojó al interior del hoyo.

Luego, con voz tranquila, dijo:

—Declaro que, en cumplimiento de las cláusulas del testamento del finado Harry Hayton, Jane Lacey y William Hall, según lo estipulado, han asistido a...

—¡Un momento! —dijo entonces una voz, apartando a un grupo de curiosos.

Todos se volvieron hacia el recién llegado, reconociendo, a pesar del atuendo que llevaba, al desaparecido Richard Newman.

—¡Dios mío! —exclamó Jane.

Richard avanzó hacia ellos, en medio de la expectación general.

—¿Usted? —dijo el abogado.

—Sí, Sir Charles —respondió el joven—, espero haber llegado a tiempo.

—¡Por supuesto! —exclamó el abogado, no menos emocionado que el resto de los que estaban allí—. Puesto que se ha presentado con tanta oportunidad, agregaré a mí solemne declaración que al acto de la inhumación de Harry Hayton ha asistido también el señor Richard Newman.

* * *

El acta fue firmada por los tres beneficiarios, por el capitán Harris y el oficial de la patrullera, como testigos, y por el capitán y el propio Sir Charles, dando fe de que se habían cumplido todos los requisitos señalados en el testamento.

Los sepultureros cubrieron el hoyo de tierra, colocando luego la correspondiente lápida.

Sir Charles introdujo los documentos en su cartera de mano y luego se encaró con Richard.

—Cómo puede imaginar —dijo—, esperamos con verdadera impaciencia y curiosidad sus explicaciones. ¿Puede aclararnos el misterio de su desaparición?

—Sí, por supuesto: alguien me arrojó al agua hace dos noches y hubiera perecido sin remedio si unos pescadores griegos no me hubieran recogido.

—¡Diablos! —exclamó el capitán Harris—. ¿Y pudo reconocer a su agresor?

—Sí —respondió Richard—. Me sorprendió por la espalda, pero luego, desde el agua, mientras intentaba nadar hacia el barco, pude verlo perfectamente.

—¿Quién era? —preguntó el abogado.

—«Cara de sapo», por supuesto.

Los que habían viajado con él en el «Stoke» comprendieron

inmediatamente de quién se trataba.

» Pero William Hall ya no estaba allí.

El gordinflón, aprovechándose de la confusión reinante, había emprendido la huida.

—¡Hay que encontrarle! —exclamó el capitán Harris.

—No puede ir muy lejos —dijo el oficial que mandaba la patrulla griega, puesto en antecedentes de lo que ocurría—. El islote no es muy grande.

La patrulla, a la que se agregó Paddington y dos marineros del yate, regresó con las primeras sombras de la noche sin haber encontrado al fugitivo.

—Mañana, así que amanezca —dijo el oficial—, daremos otra batida—. Si se ha refugiado en alguna de las cuevas que hay al otro lado de la isla, sería imposible dar con él en medio de la oscuridad.

—¡Hum! —dijo Sir Charles—. No me gustaría que ese miserable escapara al castigo que merece.

—No escapará, Sir Charles —replicó con decisión el capitán Harris—. No dispone de los medios adecuados.

# CAPÍTULO 16

William Hall, tal como había supuesto el oficial que mandaba la patrullera, se había encaminado hacia los acantilados rocosos que se levantaban al otro lado del islote.

Se sentía como una fiera acorralada, pero no había perdido la esperanza de salir con bien de aquella angustiosa y casi ridícula situación.

—Fui un estúpido —se reprochó a sí mismo—. Debí matar a ese cretino antes de arrojarlo al agua.

Mientras avanzaba por entre las rocas, ya al otro lado de las colinas, no cesaba de maldecirse.

No estaba arrepentido de su intento de acabar con Richard Newman, sino furioso por no haber procedido con mayor habilidad y eficacia.

¡Lo había perdido todo!

A pesar de su condición de jugador al que la suerte había vuelto la espalda infinidad de veces, era muy duro el tener que renunciar a una baza tan importante.

—Pero ya buscaré el modo de no quedarme sin nada —murmuró—. De momento, en lo único que debo pensar es en escapar de aquí.

Era de esperar que en el islote abundaran las lanchas de pescadores. Con un poco de suerte, esperaba conseguir que algún pescador lo condujera hasta Creta.

Hall caminó por espacio de varias horas, atisbando de vez en cuando el mar. No se veía ninguna embarcación.

—Los pescadores suelen regresar al amanecer —se dijo.

Desde lo alto de un promontorio vio acercarse, con la consiguiente alarma, a la patrulla que lo estaba buscando.

—Tendré que esconderme —gruñó.

Jadeante y sudoroso, empezó a trepar por el acantilado en busca del tan ansiado refugio.

Por fin, cuando ya desesperaba de conseguir sus propósitos, descubrió la entrada de una cueva disimulada por la vegetación.

La caverna era más grande de lo que supuso en principio y formaba en su interior infinidad de rocosos recovecos.

—Pasaré la noche aquí —murmuró—, y antes de que amanezca me acercaré a la costa para intentar encontrar una embarcación que me conduzca lejos.

Rendido por la fatiga, se tendió en el suelo y no tardó en quedarse dormido.

Cuando le parecía que hacía sólo unos instantes que se había entregado al sueño, le despertó un vago rumor que procedía de la entrada de la cueva.

Alguien hablaba en voz queda y susurrante.

—¡Contrabandistas! —exclamó esperanzado Hall—. De ellos puedo esperar una ayuda más eficaz que de un simple pescador.

La caverna se iluminó con una vaga claridad, verdosa y fosforescente, que al fugitivo le pareció que surgía de aquellas cuatro sombras que avanzaban lentamente hacia él.

—Ya estamos otra vez juntos, Harry —dijo uno de los intrusos con voz cavernosa, sin inflexiones.

—Sí, Bill —le respondió el hombre que iba vestido de negro.

Sus ropas contrastaban con las que llevaban los otros tres, consistentes en unos simples harapos de color pardo, que en algún tiempo ya muy lejano fueron uniformes militares.

Hall se quedó mudo de espanto al darse cuenta de quiénes eran en realidad los misteriosos seres que acababan de entrar en la caverna.

Uno de ellos era el difunto Harry Hayton, el mismo que había recibido sepultura hacía unas horas en el cementerio de la colina.

Y los otros...

¡Los otros eran sus compañeros de armas, muertos hacía más de cuarenta años!

—Ahí está el hombre que buscamos, Harry —dijo uno de los espectros—. Ya te dije que lo encontraríamos.

¡Se referían a él, no había duda!

William Hall, temblando de miedo, se arrastró hacia una de las cavidades del fondo de la caverna.

Los cuatro avanzaron hacia él.

Los tres que vestían uniformes militares eran simples esqueletos, con algunos restos de carne momificada pegada a su osamenta.

Pero Harry Hayton, aunque con evidentes signos de putrefacción ya muy avanzada, conservaba todavía la apariencia de un ser humano.

—Me equivoqué con él —dijo Hayton.

Hall, viendo que los cuatro aparecidos lo rodeaban, se lanzó contra ellos para buscar la salida de la cueva.

—¡No! ¡No! —gritó.

Pero unas potentes garras le aprisionaron implacable y

ferozmente.

Hall, con el sudoroso rostro pegado sobre el pecho de Hayton, convertido en una masa gelatinosa en la que pululaban miles de gusanos, lanzó un grito de espanto y de infinita desesperación.

—¡Perdón! ¡Perdón! —gimió.

Pero los cuatro espectros no le hicieron caso.

Mientras Hayton le sujetaba, los otros clavaron sus amarillentos dientes en su cuerpo y empezaron a devorarlo.

Hall notó que la carne era arrancada a pedazos, sanguinolenta y palpitante.

Lo último que vio antes de sumirse en el reino de las sombras fue el rostro de Harry Hayton, mascando uno de sus ojos que, un instante antes, lo había hecho saltar de un mordisco.

Poco después, a la luz de la luna, los cuatro espectros abandonaron la cueva y regresaron, lentamente y en silencio, a sus respectivas tumbas.

# CAPÍTULO 17

Tres semanas después, un atardecer, Sir Charles Edwards descendió del tren que procedía de Londres y se encaminó hacia su casa, situada en las afueras del pueblo.

La señora Johnson, su ama de llaves, ya le tenía preparado el té.

Era las cinco en punto cuando el abogado se sentó a tomarlo en el salón.

Sir Charles no se había recobrado todavía de la azarosa aventura que había vivido.

—¿Qué tal se encuentra? —le preguntó su ama de llaves.

—Peor, gracias.

—¡Oh!

—Sin embargo, espero que ahora se vaya normalizando todo. La herencia ha sido entregada y pronto podré olvidarme de ese enojoso asunto.

—¿Ya está todo arreglado?

—Sí, señora Johnson. Esta mañana se han ultimado todos los trámites y Jane Lacey y Richard Newman han entrado en posesión de la fortuna de Harry Hayton. A pesar de los impuestos, honorarios y otros gastos, deducidos de la cantidad global, han percibido un buen pico. Como Jane y Richard han decidido contraer matrimonio en comunidad de bienes, no será necesario subastar el yate y la finca con todos sus muebles.

—¡Vaya! ¿Dice usted que van a casarse?

—Sí, señora Johnson; nadie es perfecto.

—Usted opina de esa manera porque siempre ha sido un solterón sin ilusiones. El amor es algo muy hermoso.

—¡Hum! —exclamó el abogado.

Y añadió:

—Yo también he hecho testamento, señora Johnson.

—¿Usted?

—Sí, he nombrado albacea testamentario a Douglas Spencer, uno de mis respetables colegas. Lo dejo todo a ese sobrino que tengo en Londres. Es un muchacho un tanto alocado que sólo piensa en contorsionarse con los ritmos de moda en las discotecas, pero no tengo más familia.

—Supongo que no habrá usted complicado las cosas con alguna cláusula especial, como hizo el señor Hayton.

—No, señora Johnson. Yo quiero ser enterrado aquí, en el cementerio de Ken Wood.

—Me parece una buena idea.

—Usted y mi pasante también recibirán algo.

—¡Oh!

—Sin embargo, no se haga demasiadas ilusiones, pues todavía pienso vivir muchos años.

—¡Dios lo quiera!

—Tendrá que esperar, señora Johnson, y refrenar su impaciencia.

—¡Qué cosas dice usted! ¿Un poco más de té?

—Sí, gracias.

—A propósito —dijo la señora Johnson, mientras le servía el té —, ¿no sabe usted que tenemos ratas en el sótano?

—¿Ratas? —se sorprendió el abogado.

—Sí —respondió el ama de llaves—. Tendrá que comprar algún veneno para exterminarlas.

El abogado se quedó con la boca abierta.

—¿Veneno?

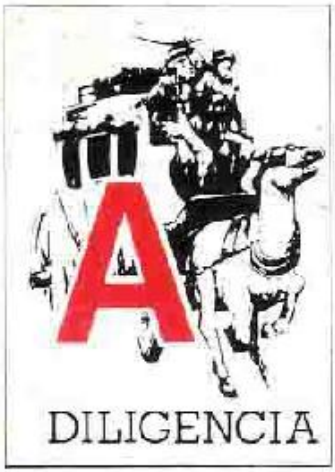
—Sí.

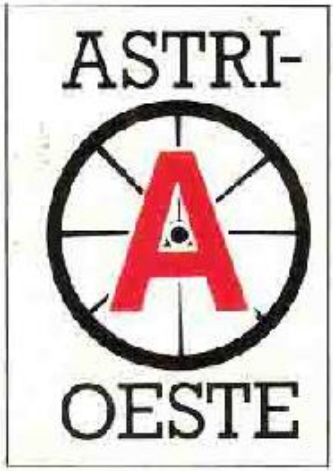
Sir Charles observó con desconfianza el rostro de la señora Johnson. El extraño brillo que vio en sus ojos le produjo una viva inquietud.

—¡Por todos los diablos! —exclamó, mientras abandonaba el salón para entrar en la biblioteca.

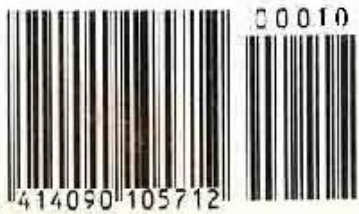
Y, por primera vez en su vida, dejó escapar de sus labios una palabra malsonante.

**FIN**



**LA COLECCION**
**DE LOS MEJORES AUTORES**
**Y RELATOS DEL WESTERN.**
**CADA SEMANA EN SU KIOSCO.**




**P.V.P. 110 ptas.**

# Table of Contents

Título página
CAPÍTULO 1
* * *
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
* * *
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
* * *
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
* * *
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
* * *
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17